

STUDIUM

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
PUBLICADA POR LOS INSTITUTOS PONTIFICIOS
DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA, O.P., DE MADRID
AGREGADOS A LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA

DIRECTOR: Aristónico Montero
SECRETARIO: José Montero
ADMINISTRADOR: Aristónico Montero

CONSEJO DE REDACCIÓN:
Niceto Blázquez Fernández
Vicente Borragán Mata
José Montero Castañón

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Institutos de Filosofía y Teología
PP. Dominicos
Apartado 61.150
28080 MADRID
Tel.: 91 302 42 46
Fax: 91 766 55 84
E-mail: aristonico1932@gmail.com
revistudium@dominicos.org

Página web: studium.dominicos.org

PRECIOS:

Suscripción anual:

España: 28 €
C.E.: 30 €
Resto de países: 40 \$ USA

Número suelto:

España: 6 €
C.E.: 8 €
Resto de países: 10 €

50 AÑOS DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA (1967-2017)

ABSTRACT.- *La Renovación Carismática cumple 50 años en estos momentos. Conozco y frecuento los grupos de la Renovación desde hace 40 años, cuando estaba en plena expansión. Seguramente para muchos no es fácil aceptar esta corriente de gracia, que aparece en un contraste muy acusado con la espiritualidad que hemos vivido en la Iglesia durante muchos siglos. Pero, ¿dónde, cómo y cuándo ha nacido y se ha desarrollado esta corriente de gracia? ¿Qué es en realidad? ¿Cómo se presenta ante nuestros ojos? En ella todo parte de la experiencia de un bautismo en el Espíritu, es decir, como de un nuevo Pentecostés. Pero, ¿cuáles son los fundamentos bíblicos, pastorales y teológicos de ese bautismo en el Espíritu? ¿Cómo se prepara? ¿Cómo se recibe? ¿Qué efectos produce? ¿Cuál es, en definitiva, el fundamento teológico de esta corriente de gracia? ¿Cómo se ha organizado? ¿Qué peligros la amenazan? ¿Cómo será su futuro? Todo esto es lo que se contempla en este artículo, aunque seguramente la mejor manera de comprender qué es esta corriente de gracia sería participar en alguno de sus grupos para verlos vivir.*

No recuerdo cuándo oí hablar por primera vez de la Renovación Carismática, pero debió ser hacia el año 1971. Pero ese nombre no produjo en mí ninguna resonancia especial, nada que pudiera llamar mi atención. Sin embargo, poco tiempo después entré en contacto con algunos amigos que frecuentaban los grupos de la Renovación, y las preguntas comenzaron a brotar en mi corazón: “¿Qué será todo eso? ¿Qué se esconde detrás de ese nombre tan extraño? ¿Cuál es su origen? ¿De dónde procede? ¿Cómo se ha extendido por el mundo? ¿Dónde reside su fuerza y su atractivo? Sólo posteriormente pude comprobar

ISSN 0585-766X

Depósito Legal: M-39744-2012

Ana Carmona Soluciones Graficas - Nubes, 2 - Tel. 915 00 30 44 - 28918 Leganés (Madrid)

y experimentar que bajo ese nombre, aparentemente tan extraño, se ocultaba una gracia de tal calibre que puede transformar la vida por entero.

La Renovación ha sido mirada con recelos y reservas por unos, y atacada y ridiculizada por otros, pero ha adquirido ya el aspecto de una ola de proporciones mundiales. Sin embargo, muchos fieles cristianos no han oído hablar de ella y viven al margen de esta *corriente de gracia* que está inundando de vida a tantos hombres.

Pero desde sus comienzos hasta hoy han pasado cincuenta años. Los días 17-19 de febrero del 2017 la Renovación Carismática celebró sus bodas de oro. A propósito de su jubileo he escrito un libro, en el que he hecho una breve exposición de sus orígenes y expansión, de lo que es y de lo que no es, del bautismo en el Espíritu y sus efectos, de su fundamento teológico, de su estructura y organización, de las críticas que ha recibido, de los peligros y riesgos que puede correr, y de las esperanzas que suscita para la Iglesia y para cada uno de nosotros en particular.¹ Por tanto, este es un buen momento para revivir y actualizar el entusiasmo de los primeros días y para dar gracias infinitas al Señor por tanta gracia derramada y por tanta alabanza como ha arrancado de los labios y del corazón de los hombres. El papa Francisco ya se ha apuntado a la fiesta. El día 3 de julio del 2015 dijo a los grupos de la Renovación Carismática de Italia: "Y después, si el Señor nos da vida, les espero a todos juntos en 2017 aquí, en la Plaza de San Pedro, para celebrar el jubileo de oro de esta corriente de gracia. Nos reuniremos para dar gracias al Espíritu Santo por el don de esta *corriente de gracia* y para celebrar las maravillas que el Espíritu Santo ha hecho durante estos 50 años, cambiando la vida de millones de cristianos".

Pero también es un buen momento para hacer una reflexión serena.

¹ VICENTE BORRAGÁN MATA, *La Renovación Carismática: Una experiencia de gratuidad*, San Pablo, Madrid, 2016, 279 pp.; *Como un vendaval. La Renovación Carismática*, Sereca, Madrid 2003, 243 pp.

La Renovación es joven, pero ya adulta: ¿Qué ha sido de ella durante estos 50 años? ¿Por dónde ha caminado? ¿Hacia dónde la está llevando el Espíritu? ¿A cuántos habrá llegado su influjo renovador? ¿Cómo ha madurado? ¿Qué efectos ha producido a su paso? ¿Qué peligros la han asaltado? ¿Sigue viva o está ya declinando? ¿Ha perdido su frescura original? ¿Ha perdido su carácter profético para toda la Iglesia? ¿Ha perdido ese poder de cambiar los corazones? ¿Hasta qué punto hemos tratado de encauzar esta corriente de gracia? ¿Estamos preparados para una nueva oleada de Espíritu? ¿Cómo formular de la manera más clara posible la experiencia que están viviendo ya millones de hombres? ¿Cómo será su futuro? ¿Qué será de ella dentro de cincuenta o de cien años?

1. ORÍGENES Y EXPANSIÓN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

A partir del concilio Vaticano II una *corriente de gracia* se ha abatido sobre la Iglesia como un *vendaval* o como un *tsunami* desbordante, y millones de vidas han sido cambiadas por el poder del Espíritu. Algo ha pasado y queremos ver qué es lo que está sucediendo. Por eso, las preguntas son inevitables: ¿Cómo ha nacido la Renovación Carismática? ¿Dónde ha nacido? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo se ha desarrollado?²

1.1 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO PENTECOSTAL

A lo largo de los siglos ha habido numerosos movimientos de tipo carismático, suscitados por el Espíritu, cuando la Iglesia tendía a instalarse en el mundo y a perder la gracia de los orígenes: el monaquismo y las grandes Órdenes y Congregaciones religiosas (beneditinos, franciscanos, dominicos, jesuitas etc.) fueron movimientos que la animaron e impulsaron en momentos de cierta

² K.-D. RANAGHAN, *Pentecostales católicos*, Logos International, Plainfield, Nueva York 1971, 230 pp.; P. GALLAGHER MANSFIELD, *Como en un nuevo pentecostés*, Sereca, Madrid 1994, 278 pp.; E. O'CONNOR, *La Renovación Carismática en la Iglesia Católica*, Lasser Press, Méjico 1973, 266 pp.; W. SMET, *Yo hago un mundo nuevo. Renovación Carismática de la Iglesia*, ed. Roma, Barcelona 1975, 226 pp.; S. CARRILLO ALDAY, *La Renovación Carismática. Un Pentecostés hoy*, Sereca, Madrid 1996, 77 pp.; B. JUANES, *¿Qué es la Renovación Carismática católica y qué pretende?*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 1992, 232 pp.; *¿Qué es la Renovación en el Espíritu Santo?*, Editorial Roma, Barcelona 1979, 132 pp.; *Componentes básicos de la Renovación*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 1991, 314 pp.; CHUS VILLARROEL, *La Renovación Carismática*, Sereca, Madrid 1995, 165 pp.; R. LAURENTIN, *Pentecostalismo católico. Riesgos y futuro*, PPC, Madrid 1976, 376 pp.; SUENENS, CARDENAL J.L., *¿Un nuevo Pentecostés?*, Desclée, Bilbao 1975, 237 pp.

debilidad. Pero también las Iglesias hermanas han conocido grandes *avivamientos* o *despertares* (*revivals*) a lo largo de los siglos XVIII-XIX. Las asambleas del *gran despertar* del Oeste, en los Estados Unidos, consistían sobre todo en predicaciones ardientes en las que los pastores animaban a sus fieles a la conversión y a pedir un *nuevo Pentecostés* y un *bautismo en el Espíritu*, y les urgían a aceptar a Cristo como su Señor y Salvador.

Pero el más importante de todos esos *avivamientos* fue el *pentecostalismo*, cuyos orígenes se remontan al pastor Charles Fox Parham, un joven misionero metodista, que había dedicado mucho tiempo a leer el libro de los Hechos y las cartas de san Pablo y a comparar lo que allí leía con su propia experiencia. ¿Dónde se había quedado aquel fuego y aquellas alabanzas del día de Pentecostés? ¿Dónde estaban aquellas curaciones de los primeros días? ¿Dónde se había quedado el carisma de hablar en lenguas? El pastor Parham abrió una Escuela Bíblica en Topeka, en el Estado de Kansas (Estados Unidos), y en ella se instalaron unos 40 estudiantes que llegaron desde diversas partes del país. Y allí comenzaron a estudiar día tras día la palabra de Dios, sobre todo las cartas de san Pablo y el libro de los Hechos de los Apóstoles, dedicando una atención especial a los textos que hablaban del *bautismo en el Espíritu Santo*, según la promesa de Jesús (He 1,5), y orando día y noche para que el Señor les bautizase en el Espíritu Santo. Lo que sucedió el 1 de enero de 1901 es bien conocido. Al anochecer, una muchacha, llamada Agnes Ozman, pidió al pastor que impusiera las manos sobre su cabeza y que rezara por ella, como se hacía en la Iglesia primitiva. Y, de repente, vino a sus labios como un torrente de sílabas, que ni ella ni el pastor podían entender. "En aquel momento, escribió, me sentí como arrastrada por un río en crecida, y como si un fuego ardiese en toda mi persona, mientras que palabras extrañas de una lengua que jamás había estudiado me venían espontáneamente a los labios y se me llenaba el alma de una alegría indescriptible... Fue como si brotaran de lo más profundo de mi ser *ríos de agua viva*".

A partir de ese momento el pastor Parham y muchos de los estudiantes recibieron "el bautismo en el Espíritu y el carisma de hablar en lenguas". El pastor abandonó la Escuela para comenzar a predicar por todas las partes lo que él denominó como *el evangelio completo*, que incluía el anuncio del *don de lenguas* y de *curaciones*. Pero cuando regresó de nuevo a Topeka la Escuela Bíblica se había

disuelto y los estudiantes se habían dispersado. Pero no abandonó su sueño de tener una nueva Escuela, y consiguió realizarlo en Houston (Texas). A ella llegó un día un pastor de color, llamado W. J. Seymour, y allí aprendió y vivió todo lo referente al mensaje pentecostal. Entonces se dirigió hacia Los Ángeles (California) y comenzó a predicar lo que él había experimentado. En la *calle Azusa* 312, un edificio de dos plantas, comenzó un *avivamiento* extraordinario, que duró tres años. La noticia corrió como la pólvora. Muchos periodistas informaron sobre lo que estaba ocurriendo en *Azusa Street* y lo dieron a conocer al mundo entero. De todas las partes acudía gente para recibir el *bautismo en el Espíritu* y el *don de lenguas*. La mayoría era gente muy sencilla, pero, al regresar a sus casas, llevaban algo que ganaba el corazón de aquellos que les escuchaban.

Los que se sintieron tocados por la gracia de ese *nuevo Pentecostés* comenzaron a reunirse en grupos. Sus asambleas de oración llamaban mucho la atención, porque la alabanza brotaba como un torrente, y era expresada con los brazos levantados hacia el cielo, con cantos acompañados de palmadas, e incluso con revolcones por el suelo. Además, aquella oración estaba animada por la presencia del carisma de hablar en lenguas, de profecía y de sanación. Así surgió lo que se ha conocido desde entonces con el nombre de *pentecostalismo*.³

Sin embargo, las Iglesias protestantes tradicionales no acogieron el movimiento pentecostal y lo combatieron con aspereza, denunciándolo, incluso, como *cosa del diablo*. Los *pentecostales* fueron acosados y expulsados de sus respectivas Iglesias, pero el movimiento pentecostal no desapareció. Desde 1910 en adelante se organizaron en federaciones e Iglesias, de las cuales las más conocidas llevan el nombre de *Asambleas de Dios*. Hacia el año 1960 la cifra de pentecostales ascendía ya a unos diez millones.

Algunos pastores y fieles de otras Iglesias comenzaron a participar en aquellos grupos de oración y experimentaron también un cambio profundo en sus vidas. Así fue como las Iglesias protestantes tradicionales terminaron por dar su aprobación a la corriente pentecostal. La Iglesia Episcopaliana lo hizo a partir del año 1958, y la Luterana y la Presbiteriana lo hicieron a partir de 1962. Lo mismo sucedió en algunas comunidades ortodoxas. Así surgió lo que se conoce

³ Esa experiencia, acompañada de un ministerio eficaz de conversiones, de curaciones y de profecía llegó a Chicago, a Nueva York, a Londres y hasta Escandinavia en el año 1915. El pentecostalismo ha sido definido como el "fenómeno religioso más extraordinario de nuestro tiempo".

con el nombre de *Neopentecostalismo* o *Movimiento neo-pentecostal*.

1.2 LA RENOVACIÓN EN LA IGLESIA CATÓLICA

Los orígenes de la Renovación en la Iglesia católica remontan, por decirlo de alguna manera, al papa León XIII. En ello tuvo una gran parte una monja italiana, llamada Sor Elena Guerra, fundadora de las *Hermanas Oblatas del Espíritu Santo*. Entre 1895 y 1903 escribió doce cartas a León XIII, pidiéndole una predicación renovada sobre el Espíritu Santo. El Papa, accediendo a sus ruegos, publicó dos encíclicas: la *Provida Matris caritate* y la *Divinum illud munus*, en las que pedía a la Iglesia entera una vuelta al Espíritu. Además, por sugerencia de Sor Elena Guerra, el papa invitó a los católicos de Roma a una vigilia de oración en la noche del 31 de diciembre de 1899. Y cuando el reloj de la Basílica de San Pedro daba las 12, León XIII entonó el himno *Veni Creator Spiritus*, poniendo el s. XX bajo las alas del Espíritu. Aquel mismo día, en Topeka (Kansas), como acabamos de ver, tuvo inicio el *pentecostalismo*. Era un presagio feliz. El nuevo siglo nacía "hablando una lengua nueva", "la lengua del Espíritu".

Pero los orígenes más inmediatos de la Renovación podrían hacerse remontar a Juan XXIII. El día 20 de enero de 1959, el Papa estaba sentado en su escritorio y, en frente de él, el cardenal Tardini, su Secretario de Estado, a quien recibía cada mañana. Aquel día examinaron la situación crítica de la Iglesia en algunos países. El Papa se hacía a sí mismo un montón de preguntas y, de repente, susurró una palabra: "¡Un concilio!" Y el día 25 de enero de 1959 fue anunciado solemnemente el concilio Vaticano II. Para prepararlo, el Papa compuso una oración en la que, entre otras cosas, decía: "Renueva en nuestros días los prodigios como de un *nuevo Pentecostés*". Eso fue lo que pedimos durante mucho tiempo: ¡Un nuevo Pentecostés! ¡Una efusión formidable del Espíritu que renovara nuestras vidas, nuestras parroquias, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestras congregaciones religiosas, nuestros conventos y monasterios, nuestros sacerdotes, nuestra jerarquía!

Pero en el origen de la Renovación Carismática Católica habría que hacer mención de tres Universidades Católicas americanas: la de *Duquesne*, en Pittsburg (Pennsylvania), la de *Notre Dame*, en South Bend (Indiana), y la de *Ann Arbor*, en East Lansing (Michigan), algunos de cuyos profesores mantenían lazos de contacto muy estrechos, ya que pertenecían a los Cursillos de Cristiandad. Un día

cayó en manos de uno de ellos el libro *La Cruz y el puñal*, en el que el pastor Wilkerson narraba su ministerio poderoso con las bandas de drogadictos de Nueva York, y cómo su vida cambiaba radicalmente cuando recibían *el bautismo en el Espíritu*. Los profesores leyeron aquel libro y lo examinaron, una y otra vez, para ver si estaba de acuerdo con la doctrina de la Iglesia. En otro momento leyeron el libro *Hablan en otras lenguas*, y la impresión fue la misma.⁴ Allí había algo nuevo y poderoso, fresco y atractivo, algo que llegaba al corazón. Durante algún tiempo los profesores de la Universidad de *Duquesne* compartieron entre ellos sobre el contenido de aquellos libros y oraron a base de ellos. ¿Qué hacer? ¿Asistir a una iglesia pentecostal o imponerse mutuamente las manos? Pero decidieron que lo mejor sería tener un encuentro con algunos *neo-pentecostales* que, tras el bautismo en el Espíritu, hubieran permanecido en sus propias iglesias. Sentían necesidad de conocer a alguien "que hablara en lenguas y que tuviera poder de sanación, que hubiera hecho, en una palabra, la experiencia del *bautismo en el Espíritu*". Se pusieron en contacto con un sacerdote de la Iglesia episcopaliana, llamado William Lewis, y él los condujo hacia una de sus feligreses, llamada Betty Schomaker, miembro de un grupo carismático inter-confesional. La tarde del 13 de enero de 1967, entre las siete y media y las ocho, cuatro profesores de la Universidad de Duquesne llegaron al chalet de Flo Dodge, donde se reunía aquel grupo pequeño, pero vivo. Allí estaban W. Storey, R. Keifer y su esposa, y Patrick Bourgeois. Cuando la oración estaba a punto de concluir, W. Storey se dirigió a los miembros de aquel grupo, y les dijo: "Hace mucho tiempo que espero este momento. Vine a recibir el bautismo en el Espíritu Santo, y no me marcharé hasta que lo obtenga". Los asistentes se dieron la mano en círculo, y uno de ellos hizo una sencilla plegaria: "Señor, tú conoces su corazón y su necesidad. Llévalo con tu Espíritu Santo hasta que rebosa". El viernes siguiente, 20 de enero de 1967, dos de aquellos cuatro profesores volvieron a la casa de Flo Dodge. La oración concluyó cuando Patrick Bourgeois y R. Keifer pidieron que orasen para que fueran *bautizados en el Espíritu Santo*. Les pidieron que hiciesen un acto de fe en el Espíritu. Acto seguido R. Keifer comenzó a hablar en lenguas. La *chispita* estaba ya encendida. Pudo haber sido sólo una chispa, pero el Señor tenía reservadas grandes sorpresas.

A partir de ese momento, los sucesos se precipitaron. Aquellos

⁴J.L. SHERRIL, *Hablan en otras lenguas*, Editorial Vida, Miami, Florida, 1969, 176 pp.

profesores organizaron un retiro de fin de semana con un grupo de unos 25 estudiantes de la Universidad de Duquesne los días 17-19 de febrero de 1967, en una pequeña mansión, llamada *El Arca y la Paloma*. Eligieron como tema del retiro el estudio del libro de los Hechos de los apóstoles (1-4). Durante las sesiones de preparación no hicieron ninguna referencia directa al bautismo en el Espíritu, pero recomendaron a todos la lectura del libro *La Cruz y el puñal*. Algunos de los que participaron en aquel retiro han dado testimonio en muchas ocasiones de lo que allí sucedió, porque experimentaron una profunda transformación de sus vidas, y pudieron contemplar el *despertar de los carismas*: la alabanza, el hablar en lenguas, la profecía, el don de curaciones. Ese retiro fue para ellos como un *bautismo en el Espíritu*, semejante al que recibieron los apóstoles el día de Pentecostés. Se ha dicho, con razón, que “en el *Retiro de Duquesne* no hubo más que un protagonista: el Espíritu de Dios. Allí sólo se hizo una obra: la suya; de allí sólo ha quedado lo que tenía que quedar: una llama para el mundo. Allí sólo hubo unos 25 muchachos universitarios, de los cuales sólo un puñado fue sorprendido por la acción poderosa del Espíritu”. Todo podía haber quedado en nada, en un retiro más, cuyos efectos podrían haberse evaporado como una nube de verano, sin dejar rastro de su paso. Nadie pudo prever lo que allí pasó, nadie pudo imaginar que aquello sería como una bomba de relojería que habría de estallar en el mundo entero. Pero allí comenzó a encenderse una llama, que se ha esparcido por el mundo entero “como el fuego por el cañaveral”. Así nació lo que conocemos con el nombre de *Renovación Carismática Católica*.⁵

1.3 LA EXPANSIÓN DE LA RENOVACIÓN

Desde entonces la *Renovación Carismática Católica* se ha extendido por más de 150 países y ha llegado al corazón de muchos millones de hombres, cuya vida ha sido cambiada por el poder del Espíritu. Nadie sabe exactamente cómo ha sido posible un despliegue tan rápido y extraordinario. Los grupos de oración fueron naciendo y desarrollándose sin cesar: de un pueblo a otro, de una ciudad a otra, de un país a otro. La Renovación se ha introducido en todos los estratos sociales: niños, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios e ignorantes, blancos y negros, sacerdotes y religiosos; en las

⁵ PATTI GALLAGHER MANSFIELD, o.c., 42-72; KEVIN-DOROTHY RANAGHAN, o.c., 1-45.

parroquias, en los conventos y en los monasterios

¿Cuántos habrán recibido el *bautismo en el Espíritu*? ¿Cuántos grupos habrá en el mundo entero? ¿A cuántos habrá llegado el influjo de este *nuevo Pentecostés* de la Iglesia? ¿Cuántos habrán sido tocados por esta gracia de la Renovación?

Es evidente que la cuestión del número es la menos importante, pero, para gloria del Señor, es bueno saber cómo se ha extendido esta corriente de gracia. En el saludo que Charles Whitehead, presidente de ICCRS, (Servicios Internacionales de la Renovación Carismática Católica) dirigió a Juan Pablo II en noviembre de 1993, habló de la existencia de la Renovación Carismática en unos 125 países, con un número total aproximado de unos 60 millones de participantes en los grupos. En el encuentro celebrado en Pittsburgh, en 1997, para conmemorar los 30 años de la Renovación Carismática, uno de los oradores comentó que habían sido bautizados en el Espíritu más de 118 millones de católicos.⁶ Según otras informaciones la Renovación habría llegado a unos 220 países y el número de los que han recibido el bautismo en el Espíritu sería de más de 120 millones. No hay una estadística que sea del todo fiable, pero seguramente se podrá afirmar que más de cien millones de hombres han recibido ya el *bautismo en el Espíritu*, aunque no todos sigan vinculados con los grupos de oración. De todas las maneras, la Renovación Carismática está siendo considerada “como la fuerza más explosiva de la Iglesia en nuestros días”, hasta tal punto que muchos la consideran “como el hecho más importante que se ha verificado en ella en los últimos años, después del concilio Vaticano II”. El tiempo nos dirá su alcance e importancia. Pero algo ha pasado que nos urge a acercarnos para ver y tocar. No haríamos un buen negocio si dejáramos pasar a nuestro lado esa gracia que puede cambiar por completo nuestras vidas.

2. ¿QUÉ ES LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA?

Los orígenes de la Renovación Carismática son muy recientes. Su aparición ha sido una sorpresa para todos. Cuando sólo se oía *el silencio de Dios*, el Espíritu Santo ha salido de la *clandestinidad*, por expresarlo de algún modo, para recordar al mundo entero la única realidad que cuenta: Jesús, Señor y Salvador. Cuando se hablaba de la manera más natural de la muerte de Dios, “como si se tratara de un objeto en desuso”, una corriente de gracia se ha derramado sobre

⁶ NUEVO PENTECOSTÉS, Julio-octubre 1997, 41.

esta tierra inundándola de vida. Un *nuevo Pentecostés* ha amanecido sobre el mundo, el alba de una nueva era ha hecho acto de presencia.

2.1 EL NOMBRE

Para saber lo que es la Renovación Carismática habría que comenzar por lo más sencillo. ¿Con qué nombre designar esta corriente de gracia? El P. Congar escribió en los primeros días: "Asistimos a los comienzos de un *movimiento* prometedor. Hay que encontrarle un nombre *irreprochable*". Pero desde el principio se experimentó una gran dificultad para darla un nombre adecuado. De hecho, en los primeros libros y artículos que se escribieron se hablaba de *Comunidades pentecostales*, de *Neopentecostalismo católico* o de *Pentecostalismo católico* etc. Un poco más tarde se comenzó a hablar de *Renovación en el Espíritu*, de *Renovación Espiritual Carismática*, de *Renovación Carismática Católica en el Espíritu*, de *Renovación Carismática*. Afortunadamente, algunos de esos nombres cayeron pronto en el olvido, porque esta corriente de gracia no podía ser descrita con la palabra *pentecostal*, ya que se prestaba a muchos equívocos. Pero, entonces, ¿cuál podría ser el nombre más adecuado para ella? Describirla con los nombres de *Renovación espiritual*, o de *Renovación en el Espíritu*, o de *Renovación cristiana en el Espíritu* tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Por una parte, esos nombres nos llevan a poner los ojos en lo más decisivo, es decir, en el hecho de que esta corriente de gracia procede del Espíritu; pero, por otra, dejan en la penumbra el despertar de los carismas, que son el aspecto más vistoso y llamativo de ella. Pero tampoco el nombre de *Renovación Carismática* es muy afortunado, ya que deja en la penumbra lo más esencial de ella, es decir, la renovación interior del corazón. La realidad es que, después de tantos ensayos, no hemos encontrado ese nombre *irreprochable*, que nos hiciera completamente felices y con el que nos sintiéramos plenamente identificados. Se diría que la realidad que tenemos ante nuestros ojos es tan desbordante que ningún nombre puede expresarla ni contener toda su riqueza. Cada uno de esos nombres pone en evidencia un aspecto de este nuevo amanecer, "pero la realidad supera por completo al nombre que sirve para designarla". En algunos países se sigue hablando de *Renovación en el Espíritu*, pero "el uso común ha reservado el nombre de *Renovación Carismática* a lo que sucedió a partir del *Retiro de Duquesne*, en febrero de 1967". A mi juicio no es el más adecuado ni el mejor de los nombres, pero es el más extendido, y con él vamos a entendernos de ahora en

adelante. Pero jamás deberíamos correr el peligro de quedarnos con el nombre y de perder de vista la realidad del hombre renovado, porque lo primero que se reaviva en ella no son los carismas, sino la presencia y la experiencia del Espíritu en nuestra vida. La Renovación es, en una palabra, "la renovación del espíritu del hombre por el Espíritu de Dios".

2.2 EN EL CORAZÓN DE LA RENOVACIÓN

Pero ¿qué es realmente la Renovación Carismática? ¿Cuál es su identidad? ¿Cómo definirla o describirla? Si ya hemos tenido problemas para darla un nombre, ¿qué será cuando tratemos de llegar a su misma esencia?

La Renovación ha aparecido como "una gracia inesperada", como "un aire nuevo y renovador", que nos ha cogido a todos por sorpresa. Se trata, en efecto, de una presencia del Espíritu Santo, en la que el hombre no ha tenido ni arte ni parte. En su origen, en efecto, no ha habido un gran cerebro, ni ha sido algo creado, proyectado o planificado por el hombre. No es ni una Orden religiosa, ni una nueva Congregación, ni una asociación, ni un movimiento; no ha tenido un fundador humano, ni tiene Reglas ni Constituciones, ni superiores ni autoridad propiamente dicha, ni votos ni compromisos; en ella no hay programas de acción, ni objetivos a conseguir, ni medios para conseguirlos. Sus miembros no están unidos por lazos *jurídicos* de ningún tipo, sino por una común experiencia del Espíritu. Los que participan en ella entran y salen, sin que nadie les pida su documento de identidad, ni les pregunte de dónde vienen; ante nadie tienen que dar cuenta de su vida y de su acción.

Muchos describen a la Renovación como un *movimiento* más en el seno de la Iglesia. Pero ese término es del todo inadecuado, precisamente porque no tiene fundador humano, ni medios ni fines, ni estrategia ni ordenamiento jurídico, ni cauces de acción ni dirigentes que la lleven. Todos los *movimientos* han nacido para hacer algo concreto, es decir, para hacer frente a una necesidad o suplir una carencia en la vida de la Iglesia. Pero el campo de esta *corriente de gracia* no es el de la acción, sino el de la vida. La Renovación no es una gracia para *hacer*, sino para *ser*. Se trata, en efecto, de una gracia de *nacimiento* o de *re-nacimiento*, es decir, la gracia de hacer un hombre nuevo. Eso es lo que distingue a la Renovación de todos los *movimientos* y de todas las *nuevas realidades* que existen en la Iglesia de nuestros días. Por eso preferimos hablar de una *corriente de gracia* que fluye sin cesar,

llevando la vida por donde pasa, que no conoce límites ni fronteras, a la que nadie puede encauzar ni domesticar. De hecho, la mayoría de los problemas que se suscitan, tanto desde dentro como desde fuera, tienen como origen ese falso punto de partida: considerarla como si fuera un *movimiento* más. Pero si concebimos la Renovación como un *movimiento*, las consecuencias pueden ser desastrosas, porque entonces sería muy fácil imponerla unas normas y unas leyes, unos estatutos, unos objetivos y unos medios para conseguirlos. Pero en ella nadie puede hacer proyectos ni someterla a una actuación o a una acción para la cual no ha nacido.

Entonces, ¿cómo describirla? La Renovación es como un torrente que nos desborda por completo. Es algo tan fluido como el aire o tan escurridizo como el agua que tratamos de apresar con nuestras manos. No podemos definir lo que es indefinible. Los intentos que se han hecho por describirla han sido numerosos, pero, a mi juicio, no acaban de expresar "lo que es verdaderamente inexpresable". Si yo me viera *forzado* a definir lo que es la Renovación Carismática, y a tratar de apresar su ser y su esencia en unas palabras, lo haría, temblando, de este modo: "La Renovación Carismática es como un derramamiento poderoso y gratuito del Espíritu para renovar la vida de la Iglesia, pueblo de Dios, para llevar a los hombres a un encuentro personal con Jesús como Señor y Salvador, para sumergirlos en el mar infinito de su vida y de su amor, para hacerlos vivir en la gratuidad y en la alabanza, y para hacerlos recorrer los caminos del mundo con la fuerza de su gracia, de sus dones y de sus carismas".

La Renovación es, en efecto, una intervención directa y personal, gratuita y poderosa del Espíritu Santo. Él es el que se ha derramado y quien ha puesto en movimiento esta corriente de gracia, en la que el hombre "no ha tenido ni arte ni parte". Cuando creíamos que Dios "estaba en agonía o que ya había muerto", el Espíritu Santo, en nombre del Padre y de Jesús, ha asumido el proyecto de hacer nuevos a los hombres. Su irrupción ha tenido como resultado este río de agua viva, este *tsunami* de gracia que ha inundado a la Iglesia en nuestros días. La Iglesia, en efecto, tenía necesidad de ser renovada, porque estaba deteriorada y envejecida. Pero el Espíritu la está llevando a través de esta corriente de gracia hacia una renovación de sus estructuras y de sus instituciones, de sus pastores y de sus fieles, de su liturgia y de su teología, en una palabra, de su estilo de vivir y de hacerse presente en el mundo, y la está despojando de tantas adherencias que nada

tenían que ver con el evangelio proclamado por Jesús. Pero habría que añadir inmediatamente que la Renovación no es una gracia destinada sólo a la Iglesia católica, sino "una gracia *transversal*, que abraza a *todas las Iglesias*", una gracia ecuménica que ha tocado el corazón de los creyentes de las más diversas confesiones cristianas. La misión del Espíritu es la de llevar a todos los hombres hacia un encuentro personal con Jesús, como Señor y Salvador. Ese era el nombre que tenía que susurrar, el rostro querido que tenía que desvelar: Jesús. El Espíritu fue el encargado de recordarnos sus palabras y sus gestos, lo que hizo y lo que dijo en los días de su paso por la tierra. Y él será, por los siglos de los siglos, el que impida que su figura caiga en el olvido o que sea confundida con la de cualquier otro personaje de la tierra. El Espíritu está y actúa, mora y habita en nosotros, y nos llena de sus dones y de sus carismas para que podamos vivir una vida nueva, y anunciar a todos los hombres lo que ha pasado en nuestra tierra: el triunfo de la vida sobre la muerte y de la esperanza sobre la desesperación.

2.3 LA RENOVACIÓN: UN NUEVO PENTECOSTÉS

Se diría, en definitiva, que la Renovación es un *acontecimiento religioso* que nos remite al *primer Pentecostés*. Eso es lo que estamos experimentando en esta corriente de gracia: "que aquello que fue, es ahora; que aquello que sucedió, vuelve a suceder; que aquel Espíritu vuelve a inundar nuestra tierra, que aquel fuego vuelve a quemarla, que aquella alabanza de los orígenes brota de nuevo de nuestros labios, que aquel testimonio se renueva en nuestros días, que aquel poder vuelve a transformarlo todo por entero"; dicho con otras palabras, "se trata de hacer *hoy*, en nosotros, la experiencia que tuvieron *ayer* los apóstoles, de revivir y actualizar lo que ellos vivieron, de ser bautizados en el mismo Espíritu, con el mismo fuego y el mismo poder que ellos, porque aquel *bautismo en el Espíritu* no fue un hecho que sucedió de una vez para siempre, sino que sigue haciéndose realidad en nuestra vida e iluminando todos los días de esta historia humana. La Renovación está siendo como un *nuevo Pentecostés* para la Iglesia entera y para cada uno de nosotros, un derramamiento del Espíritu sobre nosotros, una nueva experiencia de su amor y de su gracia, de su poder y de su vida, de sus dones y de sus carismas, un desbordamiento de la alabanza, de la alegría y del gozo de saber que Dios nos ama y está con nosotros. El Espíritu ha pasado por aquí, por aquí vemos sus

huellas, porque está cambiando la vida de muchos hombres.

Podríamos preguntarnos: “¿Por qué ahora? ¿Por qué de esta manera? No tenemos respuesta para esos interrogantes. El Espíritu se ha derramado donde ha querido, como ha querido y cuando ha querido. En la aparición de esta corriente de gracia no ha intervenido para nada la mano del hombre, sino que ha sido el resultado de la más pura gratuidad. Por eso, no podemos contemplar la Renovación sólo desde fuera, como meros espectadores, sino que tenemos que entrar en ese *flujo* poderoso que nos lleva a vivir bajo el señorío de Jesús y bajo la guía del Espíritu Santo, en la alabanza y en la gratuidad.

3. EL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

¿Quién había oído hablar de un *bautismo en el Espíritu* antes de la aparición de la Renovación Carismática? Pero, de repente, esa expresión ha comenzado a resonar con una fuerza asombrosa. En la Renovación todo parte de él y todo se orienta hacia él. Estamos ante un hecho, aparentemente sin gran relieve, pero que está cambiando la vida de millones de hombres. Pero en la expresión *bautismo en el Espíritu* entran en juego dos términos que están íntimamente unidos: el Espíritu y el bautismo.

Nosotros hablamos ahora del Espíritu creador, del que suscitó a los patriarcas, movió a los jueces, hizo hablar a los profetas, y trajo a la Palabra eterna al seno de la Virgen María; de ese Espíritu que Jesús prometió a los suyos antes de subir al cielo; de ese Espíritu que en la mañana de Pentecostés se derramó en lenguas de fuego sobre los apóstoles; de ese Espíritu que ora, gime, intercede, anima, conforta y santifica; de ese Espíritu, que es como una fuerza desencadenada frente a la cual el hombre no puede hacer nada; de ese Espíritu, en una palabra, que se ha vinculado a nosotros de una manera muy especial por medio de ese gesto que llamamos el *bautismo*.⁷

Bautizar es un término que procede del verbo griego *baptidsein*, que significa sumergir, meter en agua, bañar, hundir, empapar, zambullir, inundar, lavar... El *bautismo*, pues, es una inmersión, una

⁷ *El bautismo en el Espíritu*, Servicios Internacionales de la Renovación Carismática Católica, Comisión Doctrinal, Sereca, Madrid 2015, 96 pp.; B. JUANES, *Componentes básicos de la Renovación*, Editora Amigo del Hogar, Santo Domingo 1991, 47-72; KILLIAN McDONNELL-GEORGE T. MONTAGUE, *Christian Initiation and Baptism in the Holy Spirit. Evidence from the First Eight Centuries*, The Liturgical Press, Collegeville, Minnesota 1991, 354 pp.; FRANCIS A. SULLIVAN, *Baptism in the Holy Spirit. A Catholic Interpretation of "Baptism in the Spirit"*, Gregorianum, 55 (1974), 49-68; P. SCHÖNBERG, *El bautismo con Espíritu Santo*, Concilium 99-100, 1974, 59-81 etc. etc..

inundación, un chapuzón, un empapamiento, un lavado, un baño; *ser bautizado* significa ser rociado, mojado, empapado, sumergido, hundido, inundado... Por tanto, *ser bautizado en el Espíritu* significa ser sumergidos, empapados, inundados de su vida y de su poder. Eso es lo que ha sucedido en nuestras vidas en el momento en que fuimos bautizados: hemos sido sumergidos e inundados en un mundo de gracia y de amor, de tal manera que Espíritu y bautismo forman un binomio inseparable.

3.1 FUNDAMENTOS BÍBLICOS DEL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

En la Renovación Carismática se habla de la manera más natural de un *bautismo en el Espíritu*. Pero, ¿de dónde procede esta expresión? ¿De dónde la hemos tomado? ¿Tiene algún fundamento en la palabra de Dios o en la vida de la Iglesia? Porque si se tratara de una práctica totalmente nueva podría ser verdaderamente sospechosa.

Podríamos rastrear arriba y abajo por las páginas del Antiguo Testamento en busca de la expresión *bautismo en el Espíritu*, pero no la encontraríamos nunca. Pero los tres evangelios sinópticos nos han dejado un breve relato del bautismo de Jesús: “Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. No bien hubo salido del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba sobre él. Y vino una voz de los cielos: Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco” (Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Mt 3,13-17). La comunidad cristiana primitiva debió sentir un cierto vértigo al contemplar a Jesús esperando para entrar en el agua. El que venía a bautizar a todos en *Espíritu Santo* y en *fuego*, ¿tenía necesidad de hacerse bautizar? Pero cuando Jesús bajó al agua sucedió algo extraordinario: los cielos se rasgaron y el Espíritu pronunció a sus oídos la palabra de complacencia del Padre: “Tú eres mi Hijo”. El Espíritu tomó posesión de él y le ungió con poder para proclamar la llegada del reino de Dios, para anunciar la liberación a los cautivos, para dar vista a los ciegos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia (Lc 4,18-19). Ese fue su *bautismo en el Espíritu*. Por eso, el bautismo de Jesús se ha convertido en el modelo y en el arquetipo del bautismo cristiano. Ya no podrá haber un bautismo sólo en agua, sino “en agua y en Espíritu”; ya no podrá existir nunca jamás un bautismo que no se vea acompañado de la presencia, de la gracia, de los dones y de los carismas del Espíritu.

Esa fue, en efecto, *la Promesa* Jesús antes de despedirse de sus

discípulos: "Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen *la Promesa* del Padre que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis *bautizados en el Espíritu Santo* dentro de pocos días" (He 1,4-5). Esa fue *la Promesa* fundamental de Jesús para nosotros: no una promesa entre otras, ni la más grande de las promesas, sino *la Promesa*: ser *bautizados en el Espíritu*. Fue como un juramento en sus labios, una palabra que jamás podrá fallar.

Pero, ¿cómo se imaginarían los discípulos ese *bautismo en el Espíritu*? *Pentecostés* es una palabra griega que significa *cincuenta* (*pentecoste*). Por tanto, esa palabra, en cuanto tal, no tiene un sentido teológico especial; lo importante fue lo que sucedió ese día, es decir, el día *cincuenta* después de la resurrección del Señor. Eso es lo que san Lucas nos dejó narrado en el libro de los Hechos de los apóstoles (2,1-13). Para él, ese día fue el del cumplimiento de la promesa de Jesús. Cuando el día comenzaba a nacer, los ojos de los discípulos se volvieron hacia el templo para recitar el *shemá*, es decir, la oración judía por excelencia (Dt 6,4-9). Entonces, de *repente* (*afno*), sucedió algo imprevisto: en primer lugar, un fenómeno *auditivo*, un ruido que vino del cielo, como el sonido de un viento huracanado. San Lucas no dice que fuera un viento huracanado, sino un ruido *como* el de un viento huracanado. En segundo lugar un fenómeno *visible*: los discípulos vieron unas lenguas *como* de fuego. San Lucas tampoco dice que fueran lenguas de fuego, sino algo parecido o semejante a lenguas de fuego, que fueron posándose sobre cada uno de los que allí estaban, de tal manera que todos quedaron *llenos* del Espíritu Santo. Fue su *bautismo en el Espíritu*, es decir, un baño en su gracia y en su vida, en su fuerza y en su poder. Los apóstoles tuvieron aquel día una experiencia profunda, íntima y personal, de la presencia de Jesús en sus corazones. La presencia del Espíritu se manifestó de inmediato en alabanzas y en el anuncio del Señor resucitado. Aquel acontecimiento marcó un *antes* y un *después* en su vida. Fue la mañana más gloriosa desde la creación del mundo.

Los apóstoles debieron salir del cenáculo a la calle y comenzaron a marchar hacia el templo cantando las alabanzas del Señor. Un buen grupo de hombres y mujeres se unió a ellos en su camino. "¿Qué les pasa? ¿Estarán borrachos?", debían preguntarse. Pedro se dirigió a ellos y les pidió que abrieran los oídos y el corazón. Sus palabras taladraron el corazón de muchos de sus oyentes. Habían esperado

ardientemente al Mesías y lo habían crucificado como a un vulgar esclavo del imperio romano, ¿qué podían hacer ahora? San Pedro lo expresó en estos términos: "Convertíos, bautizaos en su nombre y recibiréis el Espíritu Santo" (He 2,37-39). También a ellos estaba destinada la promesa de un *bautismo en el Espíritu*, es decir, de una efusión desbordante de amor y de vida.

El que fue bautizado "en agua y en Espíritu" quiso que todos fuéramos bautizados en él; el que vio descender al Espíritu y reposar sobre él quiso que también descendiera y reposara sobre nosotros. Así surgió la práctica del bautismo cristiano, como un deseo y a una orden del Señor: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,18-20; Mc 16,15-16).

Pero la expresión *bautismo en el Espíritu* no aparece literalmente ni en los evangelios, ni en el libro de los Hechos de los apóstoles, ni en las cartas de san Pablo, aunque se encuentra una expresión equivalente: *ser bautizado en el Espíritu*. Los evangelios ponen en labios de Juan el Bautista estas palabras: "Yo os bautizo con agua para la penitencia, pero Aquel que viene detrás de mí es más poderoso que yo... Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego" (Mt 3,11; Mc 1,8; Lc 3,16; Jn 1,33). Jesús mismo, antes de su ascensión al cielo, dijo a sus discípulos: "Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días" (He 1,5; 2,38-39; 9, 17-18; 10,44-48; 11,15-16; 19,1-7). Por tanto, la expresión *bautismo en el Espíritu* no es una innovación caprichosa de nuestros días, sino que está bien enraizada en la palabra revelada.

3.2 FUNDAMENTO PASTORAL DEL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

Pero, ¿por qué hablamos ahora de la necesidad de un *bautismo en el Espíritu*? ¿No estamos todos bautizados? ¿No estamos sumergidos en la vida del Señor?

Se podría decir, que el efecto más grandioso del *bautismo en el Espíritu* fue el nacimiento de la primera comunidad cristiana. El suceso de Pentecostés no afectó a los hombres de una manera individual, sino que desde el principio los llevó a formar una comunidad, marcada, como dice san Lucas, por cuatro asiduidades o perseverancias: "Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, al compartir, a la fracción

del pan y a las oraciones" (He 2,42). Así vivían nuestros hermanos en los primeros días, cuando el rostro del Señor resucitado brillaba sobre ellos. Vivían unidos por la misma fe y por el mismo alimento, congregados por la palabra y por la oración, tenían un solo corazón y una sola alma, no había indigentes entre ellos, partían el pan de la eucaristía por las casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez, gozaban de la simpatía del pueblo, alababan a Dios, y el Señor aumentaba el número de los que se adherían a la comunidad.⁸ Esa fue la revolución que se produjo en los que se encontraron con Jesús como Señor y como Salvador e hicieron la experiencia de un *bautismo en el Espíritu*: sus vidas se vieron cambiadas profundamente, como jamás hubieran podido imaginar.

Pero, a partir del siglo IV, se produjo un cambio radical en la vida de la Iglesia. En unos años, el cristianismo pasó de ser una religión ilícita y perseguida a ser la religión oficial de todo el imperio. Hasta ese momento el cristianismo había arraigado sobre todo en las ciudades, pero entonces comenzó a extenderse por las ciudades pequeñas y por los campos. Muchos lo abrazaron, pero sin *convertirse* realmente y sin entender casi nada de lo que hacían. Cambiaron de religión, pero no de vida. Así, lo que ganó en extensión lo perdió en calidad. El *kerigma* fue languideciendo y la *catequesis* se fue convirtiendo en una serie de *ideas religiosas*, que tenían muy poco que ver "con el encuentro personal con Jesús como Señor y como Salvador". Pero habría que añadir, además, que "la decisión más importante que ha tomado la Iglesia en los 20 siglos de su existencia ha sido la de bautizar a los niños desde sus primeros días, ya que todos creían que sin el bautismo nadie podría salvarse". Sin embargo, el hecho generalizado del bautismo de los niños ha tenido como resultado una "sociedad cristiana, pero prácticamente pagana". La Iglesia dio por supuesto lo que nunca debería haber hecho: que todos los bautizados creían verdaderamente en Jesús. Pero lo que ha sucedido es que la gracia recibida en el bautismo se ha quedado en mantillas, sin ninguna experiencia del Espíritu.

En la actualidad, más del noventa y dos por ciento de los bautismos son administrados a menores de siete años, es decir, una mayoría abrumadora. Hemos sido bautizados en la fe de la Iglesia, pero en nuestro bautismo no pudimos aportar ni siquiera nuestro asentimiento. La fe fue plantada en nuestro corazón, pero esa fe se ha quedado sin germinar. La mayoría de los fieles cristianos han llegado a la edad

⁸ He 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16; 5, 42; 6, 7.

adulta sin haber asumido lo que sus padres hicieron por ellos el día de su bautismo, sin haber hecho un acto de fe en Jesús como Señor y como Salvador, y sin saber en realidad lo que eso significa. Son cristianos por *nacimiento*, no por una *elección personal*. Solo así podemos explicar esa apostasía silenciosa que se ha producido en el cristianismo en nuestros días. Entonces, ¿qué hacer para que esa masa de cristianos de *nombre* sea convertida en cristianos de *verdad*? ¿Qué debería hacer la Iglesia a favor de todos aquellos que cumplen algunas prácticas y ritos, pero que no viven la esencia misma del misterio cristiano? La Iglesia ha dejado de ser la comunidad de los que creen y aman a Jesús, para convertirse en una masa amorfa. Los fieles cristianos han aceptado los dogmas como verdades abstractas, pero sin llegar a los mecanismos más profundos que mueven su existencia. El resultado está a la vista: muchos cristianos de *nombre*, pero muy pocos de *vida*; muchos *bautizados*, pero muy pocos *convertidos*. ¿Quién los despertará de su letargo? ¿Les va a dejar la Iglesia que vivan así el resto de su vida, sin hacer nada por ellos? Esa es precisamente la situación que funda la necesidad pastoral de un *bautismo en el Espíritu*, es decir, de un *pentecostés personal* en nuestra vida. El Espíritu está ahí, esperando una oportunidad para poder hacer su obra, para reavivar la vida de todos los fieles e introducirlos en esa atmósfera de gracia y de vida que nunca han respirado. Esa ha sido la sorpresa que nos tenía reservada para estos días.

3.3 FUNDAMENTO TEOLÓGICO DEL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

No han sido los *pentecostales* clásicos los que han inventado esa expresión, porque ya formaba parte de la *iniciación cristiana*, tal como aparece en los santos padres de los primeros siglos (san Justino, Orígenes, Dídimo el Ciego, san Cirilo de Jerusalén etc.). Eso es lo que afirmaron sin cesar: "No hay bautismo donde no hay Espíritu; porque no puede haber bautismo sin el Espíritu", "Nuestro bautismo es el Espíritu Santo". Pero el bautismo de los niños planteó muchos problemas a los santos padres. ¿Cómo podían aparecer los carismas en los que habían sido bautizados de niños? Entonces, ¿dónde se quedaban todas las gracias recibidas? Tal vez por eso, aquí y allá, en una Iglesia u otra, resonaron voces que hablaban de un *doble bautismo*: el primero, recibido en la infancia, el segundo en la edad adulta, en la cual "era *actualizado* el bautismo recibido en la niñez", de tal manera que lo que no podía experimentarse en el bautismo

sacramental, recibido en la niñez, podía ser revivido y actualizado en la edad adulta. ¿Se hacía algún rito especial en ese momento? Lo que es cierto es que el derramamiento del Espíritu era experimentado como “una gran alegría”, como “una alegría intensa”, como “un gozo inmenso”, como “una gran paz en el alma”.

Pero también la teología está aportando un fundamento muy sólido a la necesidad de un *bautismo en el Espíritu*, tal como se está viviendo en nuestros días en la Renovación. Los teólogos escolásticos lo hicieron de una manera negativa, por expresarlo de algún modo, ya que enseñaron “que en la esencia misma de todo sacramento entran en juego *dos* partes: el que actúa o realiza la obra, es decir, Dios, y el que la acoge y la recibe, es decir, el hombre”. Parece ser que fue Pedro de Poitiers (1205) el primero en utilizar la expresión latina *ex opere operato* y *ex opere operantis* (una manera de hablar que no se encuentra ni en la Biblia ni en los santos padres) para hablar de la eficacia de los sacramentos. La expresión *ex opere operato* quiere decir que donde se celebra uno de los sacramentos instituidos por el Señor, allí se hace presente inmediatamente su gracia. El sacramento sería, ante todo y por encima de todo, “un gesto de Dios para con el hombre, que no estaría condicionado ni por el rito que se hace, ni por el ministro que lo hace, ni por el hombre que lo recibe”. Así, los sacramentos pondrían en evidencia la absoluta gratuidad de la obra de Dios en favor del hombre.

Pero en esa concepción de los sacramentos, en la que la gracia se produce *ex opere operato*, es decir, por el mero hecho de recibirlo, existe una *carencia congénita*, ya que apenas deja espacio para que aparezca en escena el hombre que lo recibe, como si no fueran necesarias sus *disposiciones espirituales*. Tal vez por eso, la actividad pastoral de la Iglesia ha estado orientada siempre hacia la práctica de los sacramentos (porque en ellos se confería la gracia) más que a la conversión del corazón. Pero, ¿cómo suplir la ausencia del hombre? Por eso, hoy se está poniendo de relieve que los sacramentos no pueden ser descritos sólo por relación a Dios, sino que hay que incluir también al hombre, “porque si el hombre no se hace presente entonces no hay sacramento”. El sacramento es el punto de cita y de *encuentro* de Dios, que avanza hacia el hombre con sus manos llenas de gracia, y del hombre que marcha con su fe, aunque sea vacilante, hacia el Dios de la vida. Pero no puede haber encuentro si en el lugar de la cita sólo aparece uno (Dios), y el otro (el hombre) se queda en la distancia. Si no

hay *encuentro* entre Dios y el hombre, entonces el gesto realizado en el sacramento se convierte en un puro rito o en una práctica piadosa. Por eso, las *disposiciones íntimas* del hombre forman una parte tan importante en el sacramento. El hombre no es un mero espectador, sino que entra en el sacramento con todo su ser. Por eso en la tradición de la Iglesia siempre se ha hablado de los sacramentos como *sacramentos de la fe*, “porque ellos la despiertan, la alimentan y la fortifican”. Sería absurdo que alguien se acercase a recibir la eucaristía si no cree en la presencia del Señor en ella. Si no fuera necesario ningún tipo de disposición espiritual por parte del hombre, es decir, si todo corriera por cuenta de Dios, entonces podríamos bautizar y dar la comunión a todos los hombres sin ninguna condición ni preparación.

La teología actual acude a la categoría de *símbolo* para explicar la esencia misma del sacramento. El término *símbolo* procede del verbo griego *sym-ballo* que significa “echar a la vez, amontonar, poner con, reunir”; *sym-bolon* significa “lo que une, lo que establece un puente, lo que junta”. Con esa palabra se designaba originalmente “las dos mitades separadas de un anillo o de una moneda, de una tablilla de arcilla o de una vara que, al juntarlas, constituían un todo y daban testimonio de la relación que existía entre los que poseían cada una de esas dos mitades”. En la antigüedad, algunas ciudades o países aliados utilizaban el procedimiento de romper en dos partes una pieza redonda de tierra cocida, y cada ciudad tenía su propia mitad. Cuando una ciudad tenía que comunicar algún mensaje a la ciudad aliada enviaba a su mensajero con la mitad de la pieza y, al llegar, la acoplaba con la mitad que poseía la otra ciudad. Cuando las dos mitades encajaban sin fisuras estaban seguros de que el mensajero procedía de la ciudad aliada y que no era un espía. Los sacramentos, en cuanto símbolos, son la expresión de una experiencia de encuentro personal: en ellos Dios y el hombre se encuentran y se abrazan, en ellos se junta lo que estaba separado y se une lo que estaba dividido.

Precisamente por eso, en el *bautismo en el Espíritu* del que ahora hablamos, el hombre tiene que entrar en acción. En el bautismo sacramental recibido en la niñez el Espíritu se hizo, sin duda alguna, presente, inundando de gracia al recién nacido y haciéndole renacer a una vida nueva. Pero se diría que él hubo una *carencia*, ya que el que recibió la gracia no estaba *realmente* presente, sino *pasivamente* presente. Fue bautizado en la fe de la Iglesia, de sus padres, de sus padrinos y de la comunidad, pero no en su propia fe. La semilla de la

vida nueva fue sembrada, pero en la mayoría de los casos esa semilla se ha quedado sin florecer ni madurar. Ahí es donde se enraíza la necesidad de un bautismo en el Espíritu. Ahora es el momento del encuentro entre el Espíritu y el hombre adulto, ahora es cuando debe acoger la nueva vida que se le ofrece, la vida que el Espíritu del Resucitado viene a darle en abundancia.

3.4 EL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU EN LA RENOVACIÓN

Lo que acabamos de exponer, ofrece una base pastoral y teológica muy precisa para el *bautismo en el Espíritu*, tal como es practicado en la Renovación. Pero no ha sido la Renovación "la que ha inventado, programado o introducido el *bautismo en el Espíritu* en la vida de la Iglesia", sino que ella misma ha sido el resultado de ese derramamiento del Espíritu. Por eso, el *bautismo en el Espíritu* es como su "característica fundamental": todo parte de él, todo mira hacia él, todo converge en él; de él ha tenido comienzo y de él vive en todo momento. La Renovación está de tal manera vinculada al bautismo en el Espíritu, que no puede ser entendida al margen o fuera de él. Si en algún momento lo olvidara comenzaría a languidecer sin remedio. Por eso, esta corriente de gracia aspira y suspira por llevar a todos los hombres hacia ese bautismo en el Espíritu, en el que ya han encontrado una vida nueva muchos millones de hombres.

Pero si todos estamos bautizados, ¿para qué un nuevo bautismo? ¿Para qué un *bautismo en el Espíritu*? ¿Qué sentido puede tener? ¿No choca este *bautismo en el Espíritu* con el *bautismo sacramental*? ¿No puede prestarse a confusión ese lenguaje? ¿No puede ser ambiguo para muchos? Se trata, en efecto, de una expresión que puede ser equívoca, en primer lugar, porque puede sugerir la idea de que haya otro bautismo, además del bautismo sacramental y, en segundo lugar, porque puede hacer pensar que sólo en ese bautismo se recibe verdaderamente el Espíritu, y no en el bautismo de agua. Y eso sería verdaderamente gravísimo.

En el seno mismo de la Renovación no hay unanimidad en cuanto al lenguaje que deberíamos utilizar. En efecto, unos hablan de *bautismo en el Espíritu*, otros de *efusión del Espíritu*, otros de *liberación del Espíritu*. En Francia y en Italia, por ejemplo, se prefiere hablar de *efusión del Espíritu*, en Estados Unidos y en América Latina se habla de *bautismo en el Espíritu*, en España utilizamos indistintamente las dos expresiones. Pero todos estamos de acuerdo en que se trata de

la misma realidad, expresada de modo diferente. A mi juicio las dos expresiones son totalmente válidas. La expresión *efusión del Espíritu* puede eliminar algunas dificultades, ya que con ella se evitaría que nadie pudiera pensar que haya dos bautismos, uno en agua y otro en Espíritu; por otra parte, sería más fácil entender que pudiéramos hablar de "diversas *efusiones* del Espíritu que de varios *bautismos* en el Espíritu"; finalmente, se eliminaría una sospecha que ronda por el corazón de muchos, ya que al haber sido popularizada esa expresión por los *pentecostales clásicos*, existe el peligro, dicen, de que "se introduzca en la práctica católica una teología que no esté de acuerdo con la doctrina sacramental de la Iglesia", ya que para ellos "el bautismo en el Espíritu designa una *nueva efusión del Espíritu*, incluso más significativa teológicamente que el bautismo de agua y, a menudo, separada de todo contexto sacramental". Entonces, ¿por qué hablar de un *bautismo en el Espíritu*, que tiene tantas resonancias extrañas, cuando tenemos a nuestra disposición la expresión *efusión del Espíritu*?

Pero la expresión *bautismo en el Espíritu* me parece irreversible. Es verdad que esa expresión es arriesgada, pero, como ya hemos visto, está en continuidad con el lenguaje utilizado en los evangelios y en el libro de los Hechos. Si Jesús nos prometió ser *bautizados en el Espíritu*, lo lógico es que deseemos ese *bautismo en el Espíritu* prometido. Seguramente nunca podremos evitar una cierta tensión en el uso de esa expresión, pero yo no me resignaría fácilmente a dejarla caer en el olvido, ya que expresa muy gráficamente lo que es esa inmersión, ese sumergimiento, esa inundación, ese chapuzón o ese baño en el Espíritu, en su vida y en su gracia, en sus dones y en sus carismas. Ninguna de las razones que he visto para evitar esa expresión me ha convencido en absoluto.

En la Renovación se ha explicado, por activa y por pasiva, "que el bautismo en el Espíritu no es un nuevo sacramento, ni se confunde con el sacramento del bautismo, ni le sustituye ni le reemplaza, ni le quita su valor". Sólo hay un bautismo: el bautismo sacramental. No hay ningún tipo de confusión, aunque los términos puedan prestarse a cierto equívoco. Afortunadamente, en la Renovación hay muchos profesores de Sagrada Escritura y de Teología, que no se dejan llamar a engaño. No hay temor alguno: no nos hemos desviado de la Iglesia.

Pero, por encima del nombre, está la realidad que se quiere designar. La mayoría de los cristianos viven una vida muy lánguida, y por eso es necesario hablar de un *nuevo Pentecostés*, de un *bautismo en*

el *Espíritu*, de una *efusión* o de una *irrupción* del *Espíritu* que saque a flote todas las gracias, dones y carismas derramados en el alma el día de su bautismo, que se han quedado en estado latente, en semilla sin florecer. Se diría, por tanto, que el bautismo en el *Espíritu* es "la actualización del milagro de Pentecostés para cada uno de nosotros"; en ese bautismo, el *Espíritu*, por decirlo de algún modo, emerge de la clandestinidad e irrumpe de nuevo, haciendo que todo lo que fue depositado en nuestro bautismo sacramental crezca, se desarrolle y se manifieste en nuestra vida. El bautismo en el *Espíritu* es, por parte del hombre, el momento de abrirse por entero a su acción. Ahora, todo lo que fue sembrado en mi corazón, y que se ha quedado sin florecer, lo hago mío, lo asumo personalmente, lo personalizo, lo haga actual para mí. Cuando fui bautizado no pude hacer nada. La Iglesia, mis padres y padrinos y la comunidad presente salieron fiadores por mí. Pero ahora soy yo el que entra en escena, soy yo el que tiene que dar la cara, soy yo quien tiene que acoger lo que ya recibí el día de mi bautismo, soy yo el que debo dar mi sí personal a la acción del *Espíritu*. En el bautismo en el *Espíritu* se actualiza, es decir, se hace real para cada hombre el acontecimiento de Pentecostés.

3.5 ¿CÓMO SE PREPARA?

El *bautismo en el Espíritu* no es algo exclusivo de la Renovación Carismática, porque no es necesario pertenecer a ella para poder recibirlo. En efecto, ese bautismo es algo que puede ocurrir en las circunstancias más variadas de la vida: estando solos o acompañados, en casa o en el trabajo, en pequeños o en grandes grupos, "desde el momento en que el hombre rinde por entero su vida a Jesús y le acepta como su Señor y como su Salvador". Pero se diría que lo más corriente es que el *bautismo en el Espíritu* suceda en comunidad y que vaya precedido de una preparación. Por eso, en la Renovación se invita y se urge a todos a hacer un *Seminario de la Vida en el Espíritu* para preparar el corazón a ese encuentro personal con Jesús.

La palabra *seminario* procede del verbo latino *seminare*, que significa sembrar; un *seminario* es un semillero, donde se plantan las semillas nuevas y se las cuida con esmero mientras son tiernas. Pero en nuestro caso se trata de poner las semillas de una vida cristiana nueva, porque la *desbandada* general que se ha producido en los últimos años es la prueba más evidente de que necesitamos regresar a los orígenes mismos de la vida cristiana. Por eso, la necesidad de

hacer un Seminario para recibir el *bautismo en el Espíritu* fue algo que sintieron muy vivamente los primeros que hicieron la experiencia de un *pentecostés personal*. Ese *seminario* tiene, por lo general, una duración de *siete semanas*; a veces se hace durante un *fin de semana* intenso y, en otros casos, se prolonga por *diez* o más semanas. Ese es el tiempo para proclamar abiertamente el mensaje central del cristianismo (lo que conocemos con el nombre de *kerygma*) y para abrir de par en par el corazón a la acción del *Espíritu*. Durante las tres primeras semanas todo gira en torno al anuncio del amor de Dios, de la proclamación de Jesús, como Señor y Salvador, y de la necesidad de una conversión a él. Se trata, en una palabra, de recibir la primera evangelización, tal como la recibieron los cristianos de los primeros días, que hacía estremecer su corazón. Todo parte de un hecho tan sencillo como grandioso: "Que Dios nos ama". Ese es el corazón mismo del evangelio: "Dios te ama, estés como estés, seas como seas, hayas hecho lo que hayas hecho". Lo decisivo en todo este asunto "no es que tú ames a Dios, sino que sepas y experimentes que Dios te ama, que eres amado desde toda la eternidad y que has sido creado para vivir una vida sin fin". Esa es la buena noticia para el hombre. Pero ese amor se ha manifestado en Jesús. En él, Dios se ha hecho real y cercano. Él es la Palabra eterna del Padre, hecho hombre por nosotros y por nuestra salvación. Él ha vencido a la muerte y así ha llenado nuestra vida de una esperanza infinita. Hemos vivido sometidos a muchos señores, pero ahora es el momento de poner nuestra vida bajo su señorío. El *Espíritu Santo* nos lleva a poner nuestros ojos en él y a descubrir en aquel carpintero de Nazaret al vencedor de la muerte. Ya sólo necesitamos su fuerza y su poder para vivir una vida nueva. Por eso, en la cuarta semana se hace un alto en el camino. Es el momento de recibir ya el bautismo en el *Espíritu*, es decir, de ser sumergidos en él, de tal manera todo aquello que fue plantado en nosotros en el bautismo sacramental irrumpa con fuerza, crezca y se manifieste en nuestra vida. Las tres últimas semanas son dedicadas a aprender a vivir y a crecer en esa vida nueva recibida.

3.6 ¿CÓMO SE RECIBE?

Pero, ¿cómo se realiza en la práctica el bautismo en el *Espíritu*? ¿Hay algún rito o alguna fórmula especial? El *bautismo en el Espíritu* se hace en el marco de una ceremonia muy sencilla. Todo se hace a la plena luz del día, a puertas abiertas. Los que van a recibir el

bautismo se sitúan en un pequeño círculo, unas veces de rodillas, otras sentados. El que preside el acto les incita y les urge a rendir su vida a Jesús y a abrirse a todas las gracias (dones, frutos y carismas) que hacen cortejo a la llegada del Espíritu. La comunidad los rodea y comienza a orar para que el Señor los haga criaturas nuevas. Esa oración va acompañada, de una manera ordinaria, de una imposición de manos (un gesto que encontramos con frecuencia en las páginas de la Biblia), es decir, un signo de amor fraterno, de solidaridad y de comunión. Es el momento decisivo para rendir la vida entera al Señor. No importa lo que haya pasado antes, si uno ha sido un pecador o un santo, si ha vivido o no la vida cristiana. Lo único que importa en ese momento es que se rinda y se entregue incondicionalmente a Jesús y que le reconozca como Señor y como Salvador. Esa oración puede prologarse por unos minutos, durante los cuales puede leerse algún pasaje de la Escritura, o hacerse una oración espontánea por algún miembro del grupo, o cantar en lenguas, o que el grupo entero se exprese en un clamor prolongado: "¡Ven, Espíritu Santo!" Es el día del encuentro. "Hoy, aquí y ahora Jesús quiere iniciar un diálogo contigo, hoy te ofrece su gracia y su amistad, hoy quiere saciar tu hambre y tu sed de felicidad, hoy quiere colmar todos tus sueños e ilusiones, hoy quiere hacer realidad todas tus esperanzas, hoy quiere darte la vida definitiva. Este es tu cenáculo, este es el momento de nacer o de renacer de nuevo".

Es evidente que el Espíritu puede manifestarse en cualquier momento, pero, para muchos millones de hombres el bautismo en el Espíritu ha sido "como el punto cero", o como "el momento clave" que ha marcado el comienzo de una transformación profunda de su vida. Se ha dicho, con razón, que "mientras todo parece que tiende a echar a Dios de la historia, el bautismo en el Espíritu nos lleva a un encuentro con el Dios vivo y con el Señor resucitado".

La Renovación Carismática ha sido suscitada por el Espíritu para extender a toda la Iglesia la experiencia de Pentecostés en nuestros días. Los hombres renovados deberían convertirse "en los apóstoles del bautismo en el Espíritu Santo". Por eso, ahora que estamos celebrando los 50 años de la Renovación es un buen momento para descubrir toda la belleza y la grandeza de ese gesto, aparentemente sin importancia. La Renovación tiene ante sí el reto de mantenerlo con la misma pujanza con la que ha llegado hasta nosotros, "porque no admite sucedáneos, ni puede ser cambiado por nada", ya que es como

el "carisma fundante", o el "carisma específico" de la Renovación. Jamás podremos renunciar a él.

4. LOS EFECTOS DEL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

Pero, ¿cómo saber si hemos sido bautizados realmente en el Espíritu? ¿Hay algún signo o señal, externa o interna, que nos garantice que ha pasado por nuestra vida? ¿Se produce algún efecto, físico o emocional, en el cuerpo o en el alma? ¿Existe algún indicio de que el Espíritu ha establecido contacto con nosotros? ¿Qué puede pasar cuando esa tormenta del Espíritu descarga su gracia y su poder sobre el hombre?

Sólo hay una respuesta: por los *frutos* que se experimentan en la propia vida; por esos frutos que, a corto o largo plazo, suave o poderosamente, con mayor o menor intensidad, de una manera u otra, van floreciendo en nuestro corazón. Esos efectos son como el barómetro que nos sirve para detectar hasta qué punto somos hombres nuevos y renovados. Por ellos podemos discernir si hemos sido sumergidos e inundados en el Espíritu y si hemos recibido una vida nueva, o si tendremos que volver a pedir para que la *promesa* de Jesús se haga realidad en nosotros. Pero lo absolutamente seguro es que el Espíritu nunca pasa de vacío por nuestra vida, sino que deja rastro de sus huellas. Cada uno sabe en lo más profundo del alma que algo ha pasado, que se ha producido como un corte o una ruptura, que la vida ha sido dividida entre un *antes* y un *después*. Algo se ha puesto en marcha, algo que no hemos podido inventarnos nosotros, sino que nos ha invadido desde el exterior. Se trata siempre de una presencia gratuita y misteriosa, que renueva la vida por entero.

El bautismo en el Espíritu suele ir acompañado de algunas manifestaciones, unas veces repentinas y sensibles, otras en la paz y en el secreto del alma. La primera forma es fácil de reconocer. A veces se percibe en el mismo momento del bautismo, ya que la presencia del Espíritu puede ir acompañada de lágrimas, de una experiencia grande del amor de Dios, de un gozo y de una paz desconocida, de impulsos incontenibles para alabar y bendecir al Señor, de la manifestación de algunos carismas, como el de hablar en lenguas o el de profecía, de la curación de una enfermedad o de la liberación de miedos y angustias... A veces, esas mismas percepciones son experimentadas unas horas, unos días o incluso algunos meses después de haber recibido el bautismo. Cuando menos se podía esperar el Espíritu irrumpe en nuestra vida de una manera sorprendente, dando signos

de su presencia y de su acción. Sin embargo, algunos hablan de un *bautismo invisible* o *silencioso*, porque lo más corriente es que el paso del Espíritu sea sosegado y que no se traduzca en ninguna experiencia inmediata, ni física ni emocional, ni se manifieste en lágrimas ni en ningún carisma llamativo. Muchas veces, después de recibir el bautismo en el Espíritu, se oye decir: "No he sentido nada, no ha pasado nada". Sólo después, a corto o a medio plazo, se comienza a constatar que la vida ya no es lo mismo que antes. Una fuerza más poderosa que el sentimiento y las emociones se ha metido en el alma y ha comenzado una obra de transformación como jamás hubiéramos podido imaginar. Los efectos del bautismo en el Espíritu se van notando poco a poco, como a cuentagotas, pero van madurando lentamente en el alma como una semilla en la tierra: en la paz y en la afabilidad, en la alabanza jubilosa que brota de los labios; un gusto por la oración surge como por encanto, un amor nuevo por la Iglesia y por los sacramentos, una dificultad que nunca se había vencido, la entrada en el mundo de la gratuidad... Ya algunos santos padres decían que "el fuego del Espíritu causa alegría, júbilo, exultación, alabanza, glorificación, cánticos, himnos y odas"... Un hombre nuevo va naciendo sobre los escombros del hombre antiguo. A veces puede pasar un tiempo *desesperadamente* largo antes de que haya una manifestación o un efecto perceptible de su presencia, pero siempre llega ese momento. Algo ocurre, como "un nuevo amanecer", que nadie puede precisar de dónde ha venido y que va sanando lo más íntimo de nuestro ser. El proceso puede ser largo, pero el Espíritu termina por hacer sentir su presencia en aquellos que han sido bautizados en él. En todo caso, la experiencia del Espíritu no puede ser identificada con la exaltación o con cualquier otro estado emocional. Quien se quede a nivel de sentimientos no ha entendido nada de lo que es la Renovación Carismática, y pronto se sentirá defraudado y la abandonará. En la mayoría de los casos parece que nada ha cambiado, pero el bautismo en el Espíritu marca el principio de algo nuevo, distinto de lo anterior, como un re-nacimiento o como la entrada en una vida nueva, dirigida por el Espíritu Santo. Por eso, la mayoría hablan de un *antes* y de un *después*. El que ha hecho verdaderamente la experiencia del bautismo en el Espíritu ya no es la misma persona. Su vida de cada día puede ser igual, pero hay algo que ya no será nunca jamás como antes: su alma ha sido tocada por el aliento del Espíritu. Eso es lo que atestiguan millones de hombres y mujeres en nuestros días. En los que han vivido en la indiferencia

y en la lejanía con respecto a Dios, el bautismo en el Espíritu será su primer encuentro con Jesús como Señor y Salvador; en los que han vivido una vida honrada y religiosa el bautismo será como "el adiós a una vida vivida desde las obras y el esfuerzo personal, para entrar en el reino de la gratuidad". En todo caso, el bautismo en el Espíritu no es el final de un largo proceso, sino el comienzo de una vida renovada, de un nuevo estilo de vivir la vida cristiana.

Partiendo de la experiencia de millones de hombres pueden detectarse una serie de efectos bastante comunes a muchos de ellos, "como si estuvieran diseñados por la misma mano, por el mismo autor, por el paso de la misma Persona". El común denominador a la mayoría de ellos, podría ser resumido en estos puntos: una profunda experiencia del amor de Dios, una relación personal con Jesús, como Señor y Salvador, una alabanza gozosa como respuesta a la acción de Dios, un gran amor por la palabra de Dios, por la Iglesia y por los sacramentos, la aparición de los dones, frutos y carismas del Espíritu, la llamada a la evangelización y al compromiso con los hombres y, como algo que los engloba a todos, la revelación de la gratuidad.

En efecto, muchos de los que han recibido el bautismo en el Espíritu han hecho la experiencia del *amor* de Dios en su vida. Se diría que un meteoro se ha cruzado en ella y la ha iluminado con fulgores divinos. A partir de ese momento ya no sólo *creen* que son amados por Dios, sino que *saben* que son amados, es decir, que se sienten divinamente amados; ya no es una verdad que acepten desde fuera, sino una experiencia que viven en lo más profundo de su ser. Esa es la voz que muchos escuchan, con mayor o menor intensidad, en lo más hondo de su corazón: "Soy amado como un hijo, soy amado desde toda la eternidad, con un amor gratuito e incondicional, que no conoce vicisitudes ni ocasos, ni días ni noches, esté como esté, sea como sea, sea bueno o malo, alto o bajo, digno o indigno, justo o pecador, porque Dios no me ha pedido mi *currículum* antes de amarme, ni ha puesto condiciones a su amor". Esa es la gran noticia: Dios te ama y me ama. ¡El, a mí! ¡Dios, a mí! Dios me ama con un amor que lo da todo a cambio de nada, que se entrega sin exigencias y se da sin esperar recompensas. Ese es el punto de partida de todo.

Pero la confesión de fe que sale más espontáneamente de los labios de los que han recibido el bautismo en el Espíritu es esta: *Jesús es el Señor*. Eso es lo que ha producido una auténtica revolución en nuestra vida. Esa es la impresión más sorprendente y agradable del encuentro:

el Señor comienza a ser Alguien. Hasta ahora éramos nosotros los que planificábamos nuestra vida, pero ahora alguien la ha tomado como por asalto: "Vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20). Vivo yo, pero con la vida del que es la Vida, vivo de su gracia y de su amor, que me envuelven como un manto; vivo de lo que él me regala, mi velero es llevado por él. Él es el Señor. Nadie puede hacerle la competencia, porque su señorío es total: en mi cuerpo y en mi alma, en mi inteligencia y mi voluntad, en mis afectos y emociones, en mis planes y proyectos, en mi familia y en mi trabajo... Esa es la realidad que se ha metido como una cuña en el fondo de nuestro ser, y lo que origina un gozo y una alabanza sin fin. Esa es una de las experiencias más bellas y grandiosas que siguen al bautismo en el Espíritu.

Pero todos los que han encontrado a Jesús como Señor y como Salvador le han manifestado su agradecimiento con *alabanzas*. La alabanza se ha convertido en una *necesidad biológica* de alabarle con el cuerpo y con el alma, con los labios y la boca, con la inteligencia y la voluntad, con los impulsos y los afectos, con las ansias y deseos que brotan de lo más profundo de nuestro ser; de alabarle con cantos, con gritos y con aclamaciones; de alabarle siempre, sin cesar, sin tregua, día tras día, todo el día, por los siglos de los siglos; de alabarle apasionadamente, irresistiblemente, inconteniblemente; de ser una pura alabanza de su gloria, de *vivir en alabanza*. La alabanza es "como la loba que aúlla dentro de nuestro ser". Si todo es gracia por parte de Dios, todo debe ser gratitud y alabanza por parte del hombre. La vida entera sería bien poca cosa para agradecerle tanto amor y tanta bondad.⁹

Pero la presencia del Espíritu está llevando a muchos a un amor muy especial por la *palabra de Dios*, a leerla cada día, a conocerla y a tenerla ante los ojos, en los labios y en el corazón. Quien ha entrado en una relación personal, amorosa y amistosa con Jesús, es normal que experimente el deseo de leer su palabra. Dios está ahí, escondido, pero realmente presente en su palabra; se dirige a mí, quiere conversar conmigo, quiere decirme las cosas más importantes de mi vida, quiere hablarme de amores y de perdones, de gracia y de vida sin fin. Todo está ahí, en esa palabra que leen mis ojos o que musitan mis labios, todo eso es para mí, todas esas promesas son para mí...

El bautismo en el Espíritu ha llevado a muchos a un encuentro de amor con la *Iglesia*. Muchos vivían alejados de ella, contemplando

⁹ VICENTE BORRAGÁN MATA, *Nacidos para alabar*, San Pablo, Madrid 2002, 229 pp.

sólo su debilidad y pecado, y los escándalos protagonizados por sus responsables. Pero en la misma medida en que Jesús ha sido experimentado como Señor y Salvador, la Iglesia ha sido acogida como el hogar del encuentro con él. Pero, además, los que han recibido el bautismo en el Espíritu han experimentado un gusto especial por los sacramentos, de una manera especial por el sacramento de la eucaristía y de la reconciliación, esos "viejos ritos" que antes no les decían nada. La eucaristía se ha convertido en un manantial de fuerza y de vida. En los grupos de la Renovación se celebran eucaristías llenas de alegría y desbordantes de alabanzas.

Por donde pasa el Espíritu deja un rastro inconfundible. Por eso, lo normal es que vaya acompañado de un cortejo de gracias y de *dones*, de *frutos* y de *carismas*, que son inseparables de su presencia.¹⁰

Hasta hace unos 30 años casi nadie sabía lo que significaban los términos *carisma* y *carismático*. Probablemente fue san Pablo quien acuñó la palabra *carisma*, quien la vinculó con el Espíritu y quien nos dio una definición de él, como "un don gratuito del Espíritu Santo, destinado a la edificación de la Iglesia". De las 16 veces que habló de carismas, en 14 ocasiones señaló que son para el *bien común*, es decir, "para que la asamblea reciba edificación" (1Cor 14,5), "para la edificación de la asamblea" (1Cor 14,12), "para edificación" (1Cor 14,26), "para edificación del cuerpo de Cristo" (Ef 4,12) etc. etc. Por consiguiente, los carismas son una serie de gracias destinadas directamente a la edificación y construcción de la Iglesia, de las comunidades, de los grupos. Por eso, cuanto más ayuden a edificar, a construir, a animar y a confortar a la Iglesia, a las comunidades y a los grupos, tanto mejor serán, de tal manera que se podría decir "que si no hubiera comunidad no habría carismas".

En San Pablo encontramos cuatro grandes listas de carismas a lo largo de sus cartas: "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones,

¹⁰ X. PIKAZA-N. SILANES (eds), *Los carismas en la Iglesia. Presencia del Espíritu Santo en la historia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998; V. GARCÍA MANZANEDO, *Carisma-ministerio en el concilio Vaticano II*, Covarrubias, Madrid 1982; R. LAURENTIN, *Los carismas: precisiones terminológicas*, Concilium 129 (1977) 282; J. RIUS CAMPS, *Los carismas, signo de la presencia del Espíritu en la comunidad cristiana*, en VV.AA. *De la fe a la Teología*, Herder, Barcelona 1977, 159-195; J.L. SHERRILL, *Hablan en otras lenguas*, Vida, Miami, Florida 1969, 176 pp.

en el mismo Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad" (1Cor 12,7-11).

"Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, el poder de los milagros; luego, el don de curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?" (1Cor 12, 28-30).

"Pero, teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si el don de profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad" (Rom 12,6-8).

"A cada uno de entre nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida del don de Cristo. Por eso dice: 'Subiendo a la altura, llévó cautivos y dio dones a los hombres'... Él mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo" (Ef 4,7-8.11-13).

En esas cuatro listas enumeró una larga serie de gracias que el Señor ha concedido a su Iglesia para edificarla y construirla: palabra de sabiduría y palabra de ciencia, carisma de fe (de milagros), de curación, de hacer milagros, de profecía, de discernimiento de espíritus, de hablar en lenguas y de interpretación; apóstoles, evangelistas, profetas, doctores, maestros, pastores, asistencia, gobierno, servicio, exhortación, limosna etc. Pero lo más interesante es constatar que esas listas recubren prácticamente la totalidad de las necesidades de este cuerpo de Cristo que es la Iglesia: la jerarquía, la predicación y la enseñanza de la palabra, el servicio, la ayuda a los necesitados, la sanación de los enfermos, la oración de alabanza. Cada uno de esos carismas es una parte muy importante de la vida de la Iglesia, de su salud y de su bienestar. Sin ellos, perdería su vitalidad y se convertiría

en algo viejo y apagado.

Los carismas son como la "savia del Espíritu" para animar la vida de las comunidades cristianas, pero lo que más las construye es el *amor*. Ese es el carisma que da sentido a todos y los engloba a todos: "Aspirad a los carismas superiores. Y aun os voy a mostrar un camino más excelente" (1Cor 12,31). San Pablo no habló de un camino *mejor* que el de los carismas, sino que utilizó un superlativo, es decir, que quería hablar de un "camino eminente", del "camino más excelente", "el que supera a todos", "el que sobrepasa a todos los caminos", "el camino o la vía por excelencia", "el alma, la vida, la savia y la fuerza de todos los carismas". No hay nada comparable al amor. Se puede ser cristiano sin poseer ningún carisma, pero no sin poseer el amor. Sin el amor, la vida entera sería como vapor o humo. "El hablar en lenguas, sin amor, sería un puro ruido; la profecía, palabras al aire; las curaciones, gestos sin importancia; la palabra de ciencia y de conocimiento, pura palabrería. Ningún carisma construiría la comunidad ni edificaría a los fieles, si allí no aparece la presencia desbordante y envolvente del amor". Por eso, la esencia de la vida cristiana no está en los carismas, sino en el amor. Ese es carisma que nunca pasará, el que permanecerá en todas las circunstancias, ahora y después, en esta vida y en la otra.

La historia acerca de los carismas ha sido muy agitada a lo largo de los siglos. Ya san Pablo tuvo que intervenir en la vida de la comunidad de Corinto para poner orden en el desorden que podía provocar la abundancia de tantos dones y carismas. Pero también los santos padres nos han dejado el recuerdo de una Iglesia rica en dones y carismas. San Ireneo escribió hacia el año 180: "Es imposible decir el número de carismas que recibe la Iglesia cada día, donados por Dios en nombre de Cristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato".¹¹ Novaciano escribió hacia el año 251: "El Espíritu suscita profetas en la Iglesia, instruye los doctores, anima las lenguas, procura fuerzas y salud, realiza maravillas, otorga el discernimiento de los espíritus, asiste a los que dirigen, inspira los consejos, dispone los restantes dones de la gracia. De esta manera perfecciona y consume a la Iglesia del Señor por doquier y en todo".¹²

Pero a partir del s. IV los carismas comenzaron a desaparecer, y los santos padres sintieron la nostalgia de aquellos primeros tiempos: "¿Se puede concebir algo más triste? La Iglesia estaba entonces en la gloria, el Espíritu la gobernaba como dueño... La Iglesia ahora se parece a una

¹¹SAN IRENEO, *Adv. Haer.*, II, XXXII, 4.

¹²NOVACIANO, PL 3,943-946.

mujer que ha perdido su antigua hermosura y conserva sólo vestigios de su anterior felicidad; de sus joyas de oro no le quedan más que los cofres y estuches, pues han desaparecido sus riquezas. Así es ahora la Iglesia".¹³

A partir de entonces, los carismas fueron prácticamente olvidados y, en muchos casos, temidos y hasta menospreciados. La Iglesia, una, santa, católica y apostólica era el signo más evidente de la presencia y de la actuación del Espíritu Santo. De hecho, la jerarquía siempre temió que con los carismas "se instaurara una autoridad incontrolable frente a la autoridad establecida". La teoría que la Iglesia ha mantenido en todo momento podría ser resumida en estas palabras: "Los carismas no pertenecen a la esencia de la Iglesia. Ésta no es en primer lugar carismática, sino institucional, es decir, edificada sobre los apóstoles y su autoridad". Pero los últimos años han sido testigos del acontecimiento gradioso del concilio Vaticano II. Una nueva era del Espíritu se ha hecho realidad en nuestros días. El concilio Vaticano II ha quitado el polvo que había caído sobre los carismas y los ha ofrecido, de nuevo, para la construcción de una Iglesia más bella y mejor. Nada nos permite pensar que san Pablo los considerase como un privilegio de la primera generación cristiana, es decir, como una ayuda necesaria para la primera evangelización, pero destinados a desaparecer algún día. Los carismas son la señal inequívoca de la presencia viva y consoladora del Espíritu del Señor, que no puede ser suplantada por ninguna teoría ni doctrina. Es evidente que puede haber peligros en el uso de los carismas, pero la realidad que hemos vivido no sólo ha sido peligrosa, sino desastrosa en muchos aspectos.

Por tanto, ¿a quién podría sorprender que en esta *corriente de gracia* se hayan manifestado con la mayor naturalidad los carismas, tan apagados y olvidados durante siglos enteros? No hemos sido nosotros quienes hemos tenido interés en los carismas, sino que ha sido el Espíritu quien los suscitado, de tal manera que rechazarlos sería como oponerse a él y privar a la comunidad de un bien al que tiene derecho. Por eso, si no hay carismas hay que desearlos y pedirlos, aspirar a ellos y *ambicionarlos*, porque lo que está en juego es el avance del reino de Dios entre nosotros. En la Renovación Carismática han sido renovados casi todos los carismas mencionados por san Pablo en sus cartas. Esa es una de las principales características de esta corriente de gracia y una de sus aportaciones más bellas a la Iglesia

¹³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, PG 61, 312.

de nuestros días. Por eso hablamos de Renovación *carismática*. Lo que sucede es que en el pasado los carismas fueron asociados casi siempre con *personalidades extraordinarias*, mientras que en la Renovación Carismática, por decirlo en una sola palabra, han sido *democratizados*. Ya no se trata de "carismas excepcionales dados a personalidades excepcionales", sino de "carismas ordinarios dados a hombres y mujeres ordinarios", que no llaman la atención de nadie. Del mismo modo que el Espíritu se derramó al principio sobre toda clase de cristianos, así está sucediendo en nuestros días. Es evidente que los carismas no son lo fundamental de la Renovación, pero "una Renovación Carismática sin carismas sería una contradicción en los mismos términos". Si en ella no se manifestaran los carismas tendríamos que designarla con otro nombre. Pero en la Renovación Carismática el Espíritu se ha derramado con una gran variedad de carismas y le ha confiado la misión de ponerlos al servicio de la Iglesia y de los hombres.¹⁴

Por eso, deberíamos pedirle insistentemente que suscite en su Iglesia hombres de gobierno, profetas y maestros, palabras de conocimiento y de sabiduría, curaciones, milagros y lenguas nuevas; que bendiga con una lluvia de carismas a nuestras parroquias y comunidades, que suscite grandes teólogos e investigadores de su palabra, que nos envíe los carismas mejores y más necesarios en cada momento. Aunque puedan darse algunos abusos en su ejercicio es preferible una Iglesia con abundancia de carismas a que siga adormecida en una serie de reglas y de leyes.

El carisma que más llama la atención en la Renovación, aunque sea, tal vez el menos importante de todos, es el *carisma de lenguas*. Se trata, en efecto, de un carisma que desconcierta e irrita, y el que ha encontrado una mayor oposición por parte de muchos. Pero si es un don del Espíritu no puede ser rechazado por el hecho de que nos guste o no nos guste. El *don de lenguas* ha creado problemas desde el día de Pentecostés, ya que algunos pensaron que los apóstoles estaban borrachos. Pero san Pablo habló de él de la manera más natural, ya que le resultaba del todo familiar, e hizo una serie de afirmaciones muy importantes acerca de él: "Pues el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios" (1Cor 14,2); "El que habla en lenguas se edifica a sí mismo" (14,4); "Deseo que habléis todos en lenguas" (14,5); "Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros"

¹⁴ B. JUANES, *Hablar en lenguas*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 1993, 15-176.

(14,18); "No estorbéis que se hable en lenguas. Pero hágase todo con decoro y orden" (14,39). El carisma de hablar en lenguas aparece también en muchos lugares del libro de los Hechos de los apóstoles: en Pentecostés (He 2,4), en Cesarea (10,44-46), en Éfeso (19,6), y a lo largo de todo el Nuevo Testamento se hace alusión a él en unas 30 ocasiones. En el *movimiento pentecostal* existen unos 400 títulos sobre el hablar u orar en lenguas.

Pero, ¿qué es lo que nos sugiere la expresión *hablar en lenguas*? Probablemente a la mayoría no les dice absolutamente nada. ¿Un don de hablar en lenguas? ¿De qué se trata exactamente? ¿En qué consiste? ¿Qué podemos decir de él?

De los textos bíblicos se desprende que es un carisma para glorificar a Dios, un carisma de oración, de bendición y de acción de gracias, de "un desahogo de alabanza". Cuando las palabras son impotentes para expresar lo que uno siente en el corazón, cuando el lenguaje se queda corto para celebrar la grandeza y la belleza del Señor, surge esa lengua nueva, que no conoce las resistencias del lenguaje ordinario, como si se tratara de un "lenguaje inefable". Mediante ese carisma el Espíritu Santo ora en nosotros con gemidos inefables. Por medio de él Dios es alabado intensamente por sus hijos. Se ha dicho, con razón, que este carisma es "la lengua universal de la alabanza". Ese carisma fue decayendo poco a poco en la vida de la Iglesia. Pero no desapareció del todo. Muchos estudios están poniendo de manifiesto que el carisma ha existido a lo largo de los siglos. Es probable que ese carisma fuera un fenómeno corriente entre los monjes antiguos. Se puede relacionar el *hablar o cantar en lenguas* con lo que San Agustín dice del *iubilum* o la *iubilatio*: "Cantad un cántico nuevo; cantadle bien... He aquí que se te da como el módulo para cantar: no busques palabras como si pudieras explicar de qué modo se deleita Dios. Canta con regocijo (*in iubilatione*), pues cantar bien a Dios es cantar con regocijo. ¿Qué significa cantar con regocijo? Entender, porque no puede explicarse con palabras, lo que se canta en el corazón. Así, pues, los que cantan ya en la siega, o en la vendimia, o en algún trabajo activo o agitado, cuando comienzan a alborozarse de alegría por las palabras de los cánticos, estando ya como llenos de tanta alegría, no pudiendo ya explicarla con palabras, se comen las sílabas de las palabras y se entregan al canto del regocijo. El *júbilo* es cierto cántico o sonido con el cual se significa que da a luz el corazón lo que no puede decir o expresar. ¿Y a quién conviene esta alegría (*iubilatio*) sino al Dios Inefable? Es Inefable

aquel a quien no puedes dar a conocer, y si no puedes darle a conocer y no debes callar, ¿qué resta sino que te regocijes, para que se alegre el corazón sin palabras y no tenga límites de sílabas la amplitud del gozo? Cantadle bien con regocijo". "*Qui iubilat*, es decir, el que se regocija, no pronuncia palabras, sino que lanza cierto sonido de alegría sin palabras. El regocijo es una voz del alma engolfada en la alegría, la cual, en cuanto puede, da a conocer el afecto, mas no el sentir del que le percibe. Al regocijarse el hombre con este gozo, al no poder explicar ni dar a entender el afecto con palabras, emite cierto sonido de alegría sin palabras... Los que trabajan en el campo se regocijan en gran modo; así vemos que los segadores, o los vendimiadores, o los que recogen algún fruto, alegrándose por la abundancia y gozándose por la feracidad y fecundidad de la tierra, cantan regocijándose, pues entre los cánticos que profieren con palabras introducen sonidos inarticulados en la expresión del ánimo; y esto se llama regocijo (*iubilatio*)... Luego ¿cuándo nos regocijamos? Cuando alabamos lo que no puede declararse con palabras". Son conocidos los casos de Santa Hildegarda, de san Francisco de Asís, de Santo Domingo de Guzmán, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesús. Se dice que los antiguos valdenses también hablaban en lenguas. ¿Qué es el canto gregoriano, sino un retoño del canto en lenguas? Desde el s. XIX, en Escocia, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia y Armenia se conocen referencias al carisma de hablar en lenguas. Lo que sucede es que nadie le dio importancia antes de lo que sucedió en la escuela Bíblica de Charles F. Parham, el día 1 de enero de 1901.

Pero en el bautismo en el Espíritu no sólo comienzan a manifestarse algunos carismas, sino también la presencia de los *dones* en nuestra vida. En la tradición de la Iglesia se habla de siete dones: don de *sabiduría* y de *inteligencia*, de *consejo* y de *fortaleza*, de *ciencia*, de *piedad* y de *temor* de Dios. Reciben el nombre de *dones* "aquellas gracias por las cuales el Espíritu Santo viene a ser como el centro motor de toda nuestra vida espiritual y sobrenatural". La presencia del Espíritu en nosotros se manifiesta en cada uno de una manera muy particular. Él nos hace contemplar todas las cosas con los ojos de Dios y nos impulsa a subir de las criaturas al Creador, nos aconseja en todas las circunstancias de nuestra vida, nos lleva a un amor filial hacia Dios y a un amor fraterno hacia los hombres, nos da fuerza y coraje para afrontar las empresas más arriesgadas y difíciles, nos hace vivir estremecidos de amor, de veneración y de respeto hacia Dios... Por tanto, una vida vivida desde

los dones es como la contrapartida a un estilo de vida basado en la ley y en el esfuerzo, en las obras y en los méritos. El hombre ya no se mueve al compás de la razón ni de los sentimientos, sino por *dones* o por *impulsos* procedentes del Espíritu. Él anima nuestra vida, sostiene nuestro barro y nos lleva por caminos asombrosos. El bautismo en el Espíritu nos introduce en ese reino de gracia.

Pero el bautismo en el Espíritu no sólo nos renueva por entero, sino que nos lanza al encuentro de los hombres para anunciarles lo que ha pasado en nuestra tierra: el triunfo de la vida sobre la muerte. El Espíritu está llevando a los hombres de la Renovación por caminos de *evangelización* y de *testimonio*, hasta tal punto que algunos lo han dejado todo para proclamar la palabra de Dios. Su presencia evangelizadora se está dejando sentir en el campo de las comunicaciones sociales: radio, prensa, televisión, casetes, libros, canciones. En algunas partes se evangeliza por las calles, en las cárceles, en los hospitales, en las residencias de mayores, en los colegios, en las familias. Por otra parte, la presencia de millones de hombres que frecuentan con asiduidad los grupos es ya, de por sí misma, una gran evangelización y un gran testimonio. Es posible que después de 50 años la Renovación no haya dado todavía lo mejor de sí misma, pero yo espero que algún día la evangelización sea la flor más bella que inunde nuestra tierra.

Y, finalmente el bautismo en el Espíritu nos está llevando a una presencia efectiva en la vida de la Iglesia y del mundo: en la catequesis, en la enseñanza, en los comedores sociales, en las residencias de ancianos, en las cárceles, en los hospitales, en la visita a los enfermos, en el cuidado de los marginados, de los drogadictos, de los abandonados, de los excluidos. Pero habría que decir, en último lugar, que la Renovación, en cuanto tal, no ha sido suscitada por el Espíritu para hacerse presente en el mundo de los pobres y de la justicia, sino para hacer *nuevos* a los hombres. Sólo desde esa *vida nueva* recibida en el bautismo en el Espíritu cada uno podrá proyectarse hacia donde el Espíritu le vaya llevando.

Todo eso es lo que produce el bautismo en el Espíritu, de una manera u otra, antes o después, con mayor o menor intensidad, en los hombres que lo han recibido. En ellos se ha producido como una revolución de todo su ser. ¿Hasta dónde podrá llevarnos esta corriente de gracia? Hacia una vida vivida por entero al servicio del Señor y de los hombres, vivida en la adoración, en la alabanza, en la acción de gracias y en la gratuidad más absoluta.

5. LA GRATUIDAD, FUNDAMENTO TEOLÓGICO DE LA RENOVACIÓN

Desde el principio hemos descrito la Renovación “como una irrupción poderosa y *gratuita* del Espíritu Santo en la Iglesia y en el corazón de los hombres”. Y desde entonces esa palabra nos ha perseguido sin dejarnos respirar ni un solo momento. La experiencia maravillosa que se vive en la Renovación tiene un nombre: gratuidad. Eso es lo que ha producido un revolcón infinito en la concepción de la vida cristiana, como jamás hubiéramos podido imaginar. La gratuidad es el fundamento teológico de la Renovación Carismática, su punto de apoyo, la palanca que la mueve y la sostiene, la palabra clave del cristianismo, la que le distingue de todas las religiones del mundo. Sin ella, el cristianismo sería una religión de obras, de haberes y deberes, de premios y de castigos, de esfuerzos y de sacrificios para *controlar* a Dios y tratar de conseguir la salvación, como si Jesús no hubiera hecho nada por nosotros. Así, la Renovación nos ha introducido en ese reino donde todo es gracia por parte de Dios antes que obra por parte del hombre, donde no rigen las categorías de lo ganado y de lo merecido, sino de lo gratuito y de lo regalado. Eso es lo que el Espíritu ha puesto ante nuestros ojos en estos días con una sola palabra: *gratuidad*.¹⁵

Es cierto que la *gratuidad* nunca ha sido olvidada completamente en la vida de la Iglesia, pero ha estado tan *difuminada* en medio de esa espesura de leyes y obras, de ritos y prácticas, que apenas ha podido aflorar. Por otra parte, la concepción de la gracia como algo *creado* nos había encerrado en un castillo del que no habíamos sido capaces de salir en ningún momento. Estábamos tan acostumbrados a vivir de nuestras obras y esfuerzos, que nos ha cogido a todos “con el paso cambiado”. Pero esa es la tierra virgen que debemos roturar en estos momentos. Eso es lo que da a la vida cristiana un aspecto tan seductor y atractivo, que centellea como una luz poderosa ante los ojos del mundo entero.

5.1 ¿QUÉ ES LA GRATUIDAD?

Gratuidad es un término emparentado íntimamente con *gracia*.

¹⁵ CHUS VILLARROEL, *Crecimiento de la vida en el Espíritu*, Sereca, Madrid 1998, 329 pp.; *Vivencias de gratuidad. Dios me salva*, Edibesa, Madrid 2002, 366 pp.; *Cristo, mi justicia. En Cristo estamos salvados*, Edibesa, Madrid 2006, 374 pp.; *Teología de la Renovación Carismática*, Voz de Papel, Madrid 2014, 236 pp.; *Espiritualidad Carismática. Vuelta a las fuentes*, Voz de Papel, Madrid 2015, 229 pp.; *Relatos de gratuidad. Una espiritualidad nueva para un mundo nuevo*, Libros libres, Madrid 2013, 206 pp.

Por eso, para entender lo que es la gratuidad debemos saber lo que es la gracia. Pues bien, la palabra *gracia* (en griego *cháris*, en latín *gratia*) significa favor, beneficio, presente, es decir, un *regalo* que se concede por pura liberalidad y generosidad, lo que se da de balde, sin esperar nada a cambio; *gratuito* significa de balde o de gracia; *gratuitamente* significa sin interés; *gratis* significa dado o regalado, es decir, no merecido ni ganado. Por tanto, el término *gracia* lo dice todo: es un don y, como todo don, algo gratuito. La gracia no sería gracia si no fuera “absolutamente gratuita”, porque de otro modo dejaría ser gracia para ser premio y recompensa por nuestro esfuerzo. Apenas se pase por alto ese punto de partida, todo se viene abajo. Por eso, tenemos que recuperar el sentido original de la palabra gracia para poder entrar en el reino de la gratuidad.

Partiendo de esa noción de gracia, podríamos decir que la *gratuidad* es “la cualidad de lo gratuito”, “la cualidad de lo que se hace, se da o se recibe de balde”, “algo que está libre de cargo”, “algo por lo que no hay que pagar nada”. Los hombres actuamos siempre movidos por algún motivo o razón, pero lo gratuito es precisamente lo desinteresado, lo que se hace como un gesto de amor y de servicio “a fondo perdido”, sin ninguna rentabilidad para el que lo hace. El mundo de la justicia se mueve siempre en torno a lo tuyo y a lo mío, es decir, que es una relación de ida y de vuelta. La gratuidad, por el contrario, nos abre hacia un mundo donde las relaciones ya no se mueven ni por el interés ni por el intercambio, sino por lo desinteresado y lo inmotivado. San Agustín lo expresó con palabras muy bellas: “La gratuidad es la acción de Dios por la que, en su inescrutable sabiduría, visita a los hombres *con independencia de sus esfuerzos y sus méritos* y les impulsa amorosamente hacia el bien”. Entre Dios y nosotros la relación no es de justicia, sino de gracia; antes de que el hombre haya podido hacer nada por Dios ya ha sido sumergido en una atmósfera de amor que le rodea y abraza por entero. De ahí que no haya razón alguna, ni siquiera de conveniencia, que pueda reclamar y exigir la gracia divina. Si Dios se diera “mirando de reojo” o esperando recibir algo a cambio, la gratuidad de su gesto desaparecería por completo y aparecería el interés.¹⁶

5.2 LA DEGRADACIÓN DE LA GRACIA

Pero lo que ha sucedido a lo largo de la vida de la Iglesia ha sido

¹⁶ VICENTE BORRAGÁN MATA, *La gratuidad. El gran desafío de la vida cristiana*, San Pablo, Madrid 2015, 256 pp.

bastante desagradable. Ya en las enseñanzas de los santos padres latinos comenzaron a resonar “los primeros ecos de la necesidad de *hacer buenas obras* para hacernos agradables a los ojos de Dios”. Así se fue produciendo un cierto *deslizamiento* en la esencia misma de la gracia: de ser “una presencia de Dios en el hombre”, pasó a ser “una actividad del hombre para ganar su favor y conseguir la salvación”. Por ahí se abría un camino que iba tener unas consecuencias muy graves en la teología y en la vida cristiana. El monje Pelagio identificó la gracia con la libertad del hombre, y los semipelagianos afirmaron que la “gracia había que merecerla”. Por tanto, desde su punto de vista, la gracia ya no era el *don* y el *regalo* de la presencia de Dios en nosotros, sino una *conquista* por parte del hombre, es decir, algo que tenía que “conseguir a toda costa por medio de sus obras”. Ese es el error que se ha infiltrado hasta las entrañas mismas en la vida de la Iglesia. Así fue como la gracia perdió su aspecto *gratuito* para ser convertida en objeto de *adquisición* y de *compraventa* y, en definitiva, en algo que podemos manejar según nuestros caprichos y antojos. A esa degradación de la gracia, lo digo con un inmenso respeto, se unieron los teólogos medievales, haciendo una distinción entre gracia *Increada* (Dios) y gracia *creada*, que sería “como un regalo que Dios ha hecho al hombre”, “como un capital a nuestra disposición para que lo administremos como es debido”. Pero en ese caso podríamos ganarla o perderla, aumentarla a base de buenas obras o perderla por nuestros pecados. Pero si eso fuera así, la responsabilidad de gestionarla sería nuestra por completo. Eso es lo que ha dado origen a una manera de vivir la vida cristiana basada en la práctica de las virtudes y en el esfuerzo humano. Pero en ese caso la vida cristiana “ya no sería el relato de la acción de Dios en el hombre y por el hombre, sino la *gesta* del hombre por Dios”. Eso es lo que lo ha trastocado todo.

En la noción de gracia se ha introducido un *virus* que la ha destruido por completo, contaminando la vida cristiana de un cuerpo totalmente extraño a ella. Por eso, mientras mantengamos la noción de la gracia como algo *creado* no podremos dar ni un solo paso hacia la gratuidad y estaremos encerrados en la dinámica de las obras y de los esfuerzos, metidos para siempre en un callejón sin salida. Una gracia que pudiera aumentar o disminuir, ganarse o perderse por medio de nuestras obras y esfuerzos, ¿qué clase de gracia sería? Lo gratuito y lo debido, la gracia y la justicia se oponen como el día y la noche, como la luz y las tinieblas, como lo blanco y lo negro. No puede haber nada

más lejos de la noción de gracia que una "gracia merecida". Tal vez por eso, el tratado sobre la gracia ha pasado *bastante desapercibido* en el estudio de la teología, y podemos entender perfectamente por qué: porque el hombre ha sido el verdadero protagonista de su relación con Dios. En efecto, si conseguimos la perfección, la santidad y la salvación por nuestras obras, ¿para qué insistir en la gracia? Y, en último término, ¿para qué necesitaríamos a Jesús?¹⁷

5.3 EN EL CORAZÓN DE LA GRATUIDAD

La *gratuidad* es la palabra clave para entender todo lo que tenemos entre manos. La gracia es un *don* absolutamente gratuito, que está fuera de todo comercio y de todo trueque. En el reino de la gratuidad no entramos con nuestro *curriculum* debajo del brazo, sino por pura gracia; no "por los servicios prestados", sino por puro regalo. Por eso, la primera obra que Dios tiene que hacer es una operación de despojo y de derribo de todo lo nuestro, porque sólo en la medida en que nos vacíe de nosotros mismos podrá llenarnos de su gracia y de su amor. Dios sólo puede crear donde no hay nada, es decir, que necesita el vacío para poder hacer algo. Nuestra vida debería ser como una página en blanco en la que el Señor pudiera escribir una bella historia de salvación. Él es el Alfarero y nosotros la arcilla. Ya no vivimos de una justicia y de una santidad conseguida a base de nuestros esfuerzos, sino de la justicia y de la santidad misma de Jesús, es decir, "que somos santos con su santidad y justos con su justicia" (1 Cor 1,30). ¿Qué podríamos ganar con nuestros esfuerzos y con nuestras obras? Desde el principio hasta el final todo es gracia derramada. Si prescindimos de la gratuidad todo se torna oscuro. Pero desde que la la gratuidad aparece en escena, esa espiritualidad de obras se convierte en una "moneda de curso ilegal, en un billete en desuso". Cuanto antes desaparezca, mucho mejor. La gratuidad no hace juego con una espiritualidad de obras y de esfuerzos humanos por conseguir la perfección y la santidad. Muchos se rebelan visceralmente contra ella, porque les arrebató su propio protagonismo. Pero los que han hecho la experiencia de la gratuidad pueden dar testimonio de que han sido introducidos en un mundo nuevo. Nadie les obligó a dar ese paso hacia adelante, pero nadie será capaz de hacerles dar un paso hacia atrás.

¹⁷ VICENTE BORRAGÁN MATA, *Todo es gracia. En el corazón de la vida cristiana*, San Pablo, Madrid 2012, 247 pp.; MARTÍN GELABERT, *La gracia. Gratis et amore*, Editorial San Esteban, Salamanca 2002, 137 pp.

5.4 LA EXPERIENCIA DE LA GRATUIDAD EN LA RENOVACIÓN

Esa es la experiencia que se está viviendo en la Renovación Carismática. Desde el principio comenzamos a entrever con claridad que la vida espiritual, tal como nos había sido transmitida, "era un traje viejo y gastado para la nueva experiencia que estábamos viviendo, y que los viejos temas del pecado, de los sacrificios, de los méritos y de las obras por intentar conseguir la salvación era un lenguaje totalmente inexpresivo e insignificante". Ya no nos servía, porque lo nuevo era mucho mejor que lo antiguo. La gratuidad nos *forzó* a dar un salto casi infinito de la ley a la gracia, de lo ganado a lo gratuito. Ese término se presentó ante nosotros como un perfume embriagador, solicitando nuestra acogida. Esa ha sido la experiencia más asombrosa de los que hemos recibido el bautismo en el Espíritu: la *absoluta gratuidad* de la obra de Dios en nosotros. Seguramente ha dejado "fuera de juego" a la mayoría de los fieles cristianos, pero los que hemos sido alcanzados por esa gracia jamás podremos renunciar a ella, porque nos sentimos como atrapados en la totalidad de nuestro ser. Eso es lo que nos hace temblar de emoción: que Dios nos ha amado antes de que nosotros hayamos podido hacer nada por él, que nos ha salvado y reconciliado, que nos ha dado a su Hijo, que nos ha colmado de su Espíritu y nos ha llenado de dones, gracias y carismas, que nos ha convertido en hijos y herederos, que nos ha abierto de par en par las puertas del cielo, y que nos ha regalado la vida sin fin. Eso es lo que nos ha hecho estallar en cantos de alabanza. Todo nos ha sido dado gratuitamente, antes de que nosotros hayamos podido aparecer en escena para poder ganarlo o merecerlo. La gratuidad, en efecto, no se acopla bien en un mundo regido por las categorías *mercantiles* que los hombres hemos establecido. En la Renovación hemos comenzado a respirar aires nuevos. Todavía no podemos aportar una larga experiencia de los resultados que podrá aportar una vida vivida en la gratuidad. Pero lo que estamos viendo no puede ser más entusiasmante. La gratuidad es el estilo de vida del hombre renovado. Millones de hombres la hemos experimentado ya como un rocío refrescante. Y eso no nos ha llevado, como algunos pueden creer, a pensar que todo no está permitido, sino a una entrega total de nuestra vida como respuesta a esa gracia maravillosa. El edificio que el Espíritu está construyendo sobre la gratuidad tiene toda la consistencia del mundo y se mantendrá firme frente a todas las embestidas. Sólo tenemos que esperar que vaya creciendo poco a poco, como son las cosas de Dios. Estamos llamados

a vivir una vida nueva en el amor de Dios, bajo el señorío de Jesús y la guía del Espíritu Santo. Aunque todo sea vivido entre sombras y en medio de dificultades, una luz esplendorosa ilumina ya nuestro camino hacia la tierra de la promesa. El final será la vida eterna y la alabanza sin fin. Ese será el triunfo de la gratuidad. Algo ha pasado que nos obliga a revisar las palancas que han movido la vida cristiana durante muchos siglos; algo ha sucedido y no podemos dejarlo deslizarse a nuestro lado, como si nada hubiera sucedido, porque ha sucedido. Estamos viviendo una revolución total en la vida cristiana, tan total que nos asusta. Nos da miedo tanto don, tanto amor, tanta gracia, tanta gratuidad.

6. LA ESTRUCTURA DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

La Renovación Carismática, como tantas veces hemos repetido, es un derramamiento del Espíritu, que fluye y refluye sin cesar en todas las direcciones para renovar a la Iglesia y para sumergir a los hombres en el mar infinito de su gracia y de su amor. Por tanto, nadie debería quedar al margen de ese *nuevo Pentecostés*, porque todos estamos urgidos a nacer de nuevo y a vivir una vida nueva. Por eso, me causa un cierto estremecimiento utilizar las palabras organización y estructura aplicadas a esta corriente de gracia, ya que no puede ser sometida a ningún control, regla o norma de proceder.

Pero, ¿cómo se presenta la Renovación ante los ojos del mundo? ¿Cómo funciona en la vida de cada día?

Todo ha sido muy sencillo desde el principio. La Renovación se ha hecho presente a los ojos de todos a través de los *grupos de oración* que han ido apareciendo por todas las partes, ya que los primeros que experimentaron la gracia de un *pentecostés personal* en su vida fueron llevados por el Espíritu a vivir esa experiencia en comunidad. Por tanto, "los grupos de oración son como la célula madre de la Renovación". En ellos se ve la acción poderosa del Espíritu y se detecta, como en filigrana, hacia dónde quiere llevar a los hombres y a la Iglesia. Los que han recibido el *bautismo en el Espíritu* han encontrado en ellos una manera muy bella de vivir la gracia que han recibido; en ellos se sienten acompañados y confortados; en ellos renuevan sus fuerzas para vivir cada día. Es evidente que no es necesario pertenecer a un grupo para poder experimentar la acción del Espíritu. Muchos la están viviendo en otros movimientos o comunidades. Lo fundamental es que todos los fieles se abran a la acción del Espíritu y que experimenten

un *pentecostés personal* en su vida. Pero la realidad es que la gracia de la Renovación se está viviendo en comunidad, es decir, que se hace presente en esos grupos.¹⁸

6.1 LOS GRUPOS DE ORACIÓN

La Renovación ha sido desde el principio un fenómeno de *contagio*. Unos grupos han nacido de otros de la manera más natural y espontánea. Cualquier tiempo, lugar y ocasión han sido buenos para la aparición de un grupo de oración. Alguien que ha conocido la Renovación en un grupo reúne en torno a él a otros y comienzan a orar juntos. Y, poco a poco, van apareciendo nuevas caras en él. Unos van porque les han invitado, otros porque han leído alguna noticia, otros porque les ha llevado un amigo o conocido, otros porque han oído que en ellos se hacen cosas maravillosas, otros en busca de acogida y de cariño. Algunos van una vez y no vuelven; otros van y ven, observan y curiosean, se sienten afectados o permanecen expectantes, pero terminan por abandonar; otros, finalmente, se quedan para siempre. Los grupos están abiertos a todos. No se exigen requisitos de ningún tipo, ni hay control alguno. Cada uno puede entrar y salir con entera libertad. Pero los que asisten regularmente a él, saben, de una manera u otra, que existe una fuerza misteriosa que tira de ellos y experimentan una cierta necesidad de reunirse para animarse y confortarse, y para continuar con el proceso de renovación que se ha iniciado con el bautismo en el Espíritu. Los grupos se reúnen, por lo general, una vez por semana. El tiempo dedicado a la oración puede variar, pero la mayoría de los grupos suspiran por lograr dos horas de reunión. Algunos, por razones especiales, lo reducen a una hora y media y, en algunos casos, a una hora. No hay un plan fijamente establecido para la oración, aunque se ha ido imponiendo un esquema que es seguido por la mayoría de los grupos. Suelen distinguirse cuatro momentos principales: la alabanza, la enseñanza o instrucción, los testimonios y las peticiones. La mayor parte del tiempo lo ocupa la alabanza, una alabanza *libre y espontánea*, gozosa y ruidosa, en la que participa todo el cuerpo, levantando los brazos, dando palmas... Muchos se sienten impresionados cuando asisten por primera vez a una asamblea de oración de los grupos de

¹⁸ B. JUANES, *Componentes básicos de la Renovación*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 1991, 314 pp.; *Elementos de los grupos de oración*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 1989, 254 pp.

la Renovación, y se preguntan: “¿Será necesario todo eso? ¿No sería más decente una oración hecha con sencillez?” Pero el cuerpo humano no asiste pasivamente a la oración, sino que está comprometido activamente en ella. El alma no sabe expresarse más que a través del cuerpo: con él vive y convive, reza y alaba. Los gestos externos no son lo fundamental de la alabanza, pero sí una manifestación muy expresiva de las actitudes internas del alma. La alabanza, partiendo del corazón como de su centro, va inundando con su ímpetu gozoso todos los miembros del cuerpo humano. Pero ese ansia de alabar al Señor no termina con las dos horas de oración del grupo, sino que se proyecta mucho más allá, “hasta invadir la vida por entero”, ya que muchos de los que han hecho la experiencia del bautismo en el Espíritu han aprendido a vivir alabando a Dios siempre, sin cesar, sin tregua, de día y de noche, en el trabajo y en el descanso, en una palabra, a *vivir en alabanza*. En ese sentido se podría decir que la alabanza es como el *documento de identidad* de la Renovación frente a todos los movimientos y realidades de la Iglesia. La alabanza es seguida de una *enseñanza* o instrucción, que puede ser dada, en teoría, por cualquier miembro del grupo, pero lo normal es que la hagan los que estén más preparados para ello. Es evidente que no se trata de dar una charla de formación bíblica, ni teológica, ni pastoral, sino de llevar a todos hacia el conocimiento de los planes y de la voluntad del Señor. Eso es lo único que importa realmente: no ideas ni conocimientos, ni información ni datos, sino vida. La tercera parte de la reunión está dedicada a *dar testimonio* del *paso* de Dios por la vida de los miembros del grupo. Se puede decir, de una manera general, “que la acción de Dios no es sólo para aquel que la recibe, sino que está destinada a toda la comunidad; ella es la que atesora o capitaliza todas las gracias que el Señor ha derramado en los que la componen”. Cuando uno ha experimentado el *roce* de Dios en su vida tiene que compartirlo, ya que todos tienen necesidad de saber que el Señor está allí, dando signos de su presencia. Se diría, por tanto, que el testimonio es como un *deber* hacia el grupo, porque ocultarlo sería privarlo de una gracia a la que tiene derecho. Por eso, no deberían faltar en ninguna reunión esos testimonios en los que se pueda ver claramente que el Señor está vivo y está en medio de su pueblo, porque eso conforta y anima en gran manera al grupo. Se pueden dedicar los últimos minutos de la asamblea a orar por todas las necesidades del mundo, de la Iglesia y de todos los presentes. Si hay algún aviso que dar al grupo, los servidores lo hacen al finalizar

las peticiones. Finalmente, el que preside la oración invita a todos a unir sus manos y a rezar el padrenuestro. Y comienza la dispersión del grupo, entre abrazos y saludos.

6.2 LOS EQUIPOS DE SERVIDORES

La Renovación es una realidad eclesial esparcida por más de 150 países. Es evidente que necesita de una cierta estructura y organización para vivir y expresarse. No es que sea *necesaria*, pero sí *conveniente*, para que la gracia del bautismo en el Espíritu no se disperse ni se difumine en formas demasiado diversas. Pero esa estructura y organización debería ser lo más sencilla y flexible, porque “sólo se trata de hacer funcionar visiblemente esta realidad invisible y de darla un cauce por el que pueda caminar con entera libertad”.

Las primeras formas de estructura nacidas en la Renovación fueron llamadas “comités de servicio”. Pero jamás reivindicaron ninguna autoridad *jurídica* sobre los grupos, nacidos antes de cualquier estructura. Ese ha sido el estilo que se ha impuesto desde el principio en la Renovación. Eso es lo que jamás deberíamos olvidar. El grupo es lo primero y lo *original* en esta “estructura sin estructura” que es la Renovación Carismática. Antes de que existiera ninguna estructura ya existían los grupos y la gracia de esta corriente ya fluía poderosa de una parte a otra. Los grupos, por tanto, son autónomos e independientes. En ese sentido, el grupo es lo innegociable en la Renovación Carismática.

La Renovación, como ya he repetido en numerosas ocasiones, no ha nacido ni de la carne ni de la sangre, no tiene fundador ni ha sido proyectada ni concebida por nadie, sino que ha sido el resultado de un derramamiento del Espíritu Santo en nuestra tierra. No está contemplada ni en el derecho Canónico ni en ningún plan de la Iglesia. Sólo la aparición de tantos grupos ha hecho sentir la necesidad de coordinarlos y de darlos una cierta unidad, para que la experiencia primera no se perdiera a medida que los grupos se alejaban, en el tiempo y en el espacio, del núcleo original.

Así es como han ido naciendo los *Equipos de servidores* para cada uno de los grupos, las *Coordinadoras Regionales* o *Equipos Regionales* para una zona o región, y las *Coordinadoras Nacionales* o *Equipos Nacionales* para una nación. Y, por encima de todos los grupos, ha ido emergiendo una especie de *Coordinadora mundial*, con sede actualmente en Roma, y que lleva el nombre de *Servicios*

Internacionales de la Renovación Carismática Católica (ICCRS).

La Renovación Carismática ha ido cuajando en grupos pequeños o medianos, pero su fisonomía es muy parecida en casi todos los casos. La organización de los grupos es muy sencilla. Cada grupo tiene su *Equipo de servicio*, es decir, de *servidores, responsables o dirigentes*. La terminología no es del todo precisa en la Renovación. En todo caso, el término *líderes*, tan utilizado en América, ha sido descartado definitivamente entre nosotros, porque tiene resonancias demasiado políticas. El uso va haciendo prevalecer el término *servidor o servidores* para designar a los responsables de los grupos. Ellos son los encargados de la buena marcha del grupo, de animar la alabanza, de acompañar y confortar a todos los hermanos, de solucionar los problemas que pueden surgir, de impulsar los diversos ministerios (acogida, orden, música, librería, adoración, intercesión), de proponer y organizar, cuando lo vean oportuno, el Seminario de la Vida en el Espíritu, de estar en contacto con el *Equipo Regional* o *Coordinadora Regional*... Por tanto, los servidores deberían ser hombres que hayan hecho ya la experiencia de un *pentecostés personal* en su vida y que conozcan, de la manera más perfecta posible, lo que es la Renovación, de tal manera que puedan introducir a todos en el corazón de esa experiencia que puede transformar su vida. Esa es su gran responsabilidad, eso es lo que el Señor espera de ellos, eso es lo que debe orientar todos sus esfuerzos: llevar a todos hacia una vida nueva, hacia ese nuevo Pentecostés, es decir, hacia una vida plena en el Espíritu. Los servidores no trabajan para tener una Renovación poderosa, sino para llevar a todos hacia un encuentro personal con Jesús, como Señor y Salvador. Por eso, la cuestión fundamental no es que el grupo sea muy numeroso, sino que todos los que forman parte de él estén renovados.

Cada grupo es autónomo. Pero no es bueno que vivan su vida en una independencia total. Por eso, desde los orígenes de la Renovación, se fue viendo la necesidad de establecer algún tipo de *coordinación* entre ellos, para mantenerlos unidos en un mismo espíritu y para constituir una gran familia de hombres renovados. Así es como fueron apareciendo, en distintos momentos y lugares, las *Coordinadoras Regionales* o *Equipos Regionales* para prestar su colaboración a los grupos de una zona, más o menos amplia, siguiéndolos de cerca, animándolos y ayudándolos a resolver las dificultades que puedan surgir. Su autoridad, sin embargo, no es *jurídica*, sino de *servicio*, ya

que en la Renovación "no se conoce ni se reconoce ninguna autoridad que no sea *carismática* o *profética*". Una cosa es que estén coordinados y otra muy distinta que estén *sometidos* y *controlados*. Se ha dicho con mucha precisión que "la Renovación es una realidad organizada, pero no una organización".

Las *Coordinadoras Nacionales* o *Equipos Nacionales* fueron apareciendo cuando se vio la necesidad de que los grupos de una misma nación estuvieran unidos bajo el mismo Espíritu. Por tanto, su misión es la de dar cohesión a los grupos y animarlos en todo momento, manteniendo viva la unidad y la llama del amor primero, solucionando las dificultades que vayan surgiendo, y reparando las heridas que inevitablemente se producen en la vida de cada día. La *Coordinadora Nacional* o *Equipo Nacional* es la encargada de programar las Asambleas Nacionales y los encuentros de servidores, y de tratar los diversos asuntos que afectan a la vida de los grupos.

Para responder a las necesidades de comunicación, de cooperación y de coordinación con los grupos del mundo entero se creó, en 1978, un *Consejo* y una *Oficina Internacional*, bajo la presidencia del Cardenal Leo J. Suenens, que fue nombrado por Pablo VI *Asistente episcopal para la Renovación Carismática* a nivel internacional. Esta organización es conocida en la actualidad con el nombre de *Servicios Internacionales de la Renovación Carismática Católica (ICCRS)*. Este *organismo* es como el centro de unidad de la Renovación, a la que ofrece dirección, orientación y enseñanza. El ICCRS mantiene un estrecho contacto con la Santa Sede, con los obispos y con las *Coordinadoras Nacionales* de los distintos países, organiza conferencias y congresos, sugiere y apoya iniciativas, prepara estudios teológicos y pastorales que puedan servir de orientación y de ayuda para todos los grupos, promueve escritos y publicaciones sobre la Renovación Carismática con objeto de que todos los grupos puedan formarse sólidamente. Pero lo hace como un servicio, no como una autoridad que se impone por la fuerza de la ley.

Por tanto, la estructura de la Renovación es *elemental* y *mínima*, porque no tiene fundador, ni Reglas ni Constituciones, ni programas de acción, ni proyectos ni estrategias. Todo debe ser muy ágil y sencillo. Lo único importante es que esa estructura, ya sea a nivel de grupo, de región o de nación ayude a madurar a los grupos, los mantenga unidos y permita un discernimiento en cada caso en particular. Por consiguiente, no se puede ni se debe aspirar nunca a un *máximo* de

organización, sino a ese óptimum que la permita hacerse presente en el mundo sin impedir la acción del Espíritu Santo, siempre libre para llevarla por sus propios caminos. Lo que acabamos de decir podría ser resumido en una frase muy breve: "El mínimo de estructura y el máximo de espiritualidad". La Renovación jamás podrá ser convertida en un movimiento humano, con su propia estructura y organización.

7. CRÍTICAS Y PELIGROS

El Espíritu se ha derramado como un torrente en esta corriente de gracia. Pero la Renovación ha conocido desde el principio problemas y dificultades. Sin embargo, ninguno de esos obstáculos ha sido impedimento para que millones de hombres hayan recibido el bautismo en el Espíritu y hayan comenzado a vivir una vida nueva.

7.1 CRÍTICAS CONTRA LA RENOVACIÓN

La Renovación Carismática es como una flor delicada. Está ahí, ante la faz del mundo, expuesta a todas las miradas y a todos los juicios. Para algunos, "no es un fenómeno original ni especialmente llamativo y atractivo" y la acusan de ser "una Iglesia paralela, con su jerarquía, con sus dones y carismas propios", "un bastión del tradicionalismo", "una infiltración protestante en la Iglesia católica", "un fenómeno marginal", "un despertar (*revival*) efímero, que se evaporará en poco tiempo", "una emoción colectiva pasajera", "un misticismo sentimental e incluso afeminado", "una élite en el seno de la Iglesia", "un grupo fundamentalista"; y no han faltado algunos que han sospechado que pudiera estar financiada por la CIA, o que sea "una estrategia de los responsables más iluminados del Vaticano"; otros muchos la atacan por su *falta de compromiso social*, hasta llegar a decir que "la Renovación incapacita a sus miembros para la acción social y política", "que alimenta un cierto quietismo y pasividad, como un regusto intimista", "que donde la Renovación ha llegado, la promoción social ha ido desapareciendo", y "que los *carismáticos* andan por las nubes".

Pero después de 50 años de vida nadie se atrevería a acusar hoy a la Renovación de ser una pura emoción religiosa o un puro sentimiento, porque es evidente que la emoción y el sentimiento no pueden durar 50 años, ni de ser un avivamiento o *despertar* (*revival*) efímero, que pudiera haber desaparecido en poco tiempo. Sin embargo, sigue en pie la crítica contra la falta de compromiso social de la Renovación. Pero

cuando se la acusa y condena por ello se está olvidando, como sucede casi siempre, que la Renovación no es un *movimiento* que tuviera que estar presente en todas las instancias de la vida humana, sino una gracia de nacimiento o de renacimiento. Precisamente porque no es un *movimiento*, "no tiene ningún compromiso especial ni con las parroquias, ni con los marginados, ni con los encarcelados, ni con los pobres". Si fuera un *movimiento* se la podría pedir cuentas de lo que hace, pero la Renovación es una presencia del Espíritu "que afecta al hombre en su realidad más profunda" y que le lleva al compromiso anterior a cualquier otro compromiso: al encuentro con Jesús, Señor y Salvador, hacia la vida que no pasa, hacia la felicidad que no se agota. Por eso, después de cincuenta años de existencia, la Renovación Carismática no siente la necesidad de hacer una gran apología de una obra que no ha nacido ni de la carne ni de la sangre, sino del Espíritu. Tengo la impresión que la mayoría de las críticas que se han vertido contra ella se han ido diluyendo "como un azucarillo en el agua" a medida que han ido pasando los años y que la Renovación ha ido reposando y evitando algunos excesos que pudo cometer en los primeros años.

Un juicio serio sobre la Renovación sólo puede hacerse desde dentro, a base de un conocimiento íntimo de su misma identidad, de su teología y de lo que está produciendo en la vida de tantos hombres. Sería lamentable que se la juzgara sólo por lo que se dice, sin haber hecho el mínimo esfuerzo por acercarse a ella y verla vivir. Pero la presencia de muchos obispos, sacerdotes y religiosos, expertos en Sagrada Escritura y en teología, y de gente muy bien preparada en todos los campos, da mucha seguridad a los hombres de la Renovación. Su presencia es una garantía contra todo peligro de desviación.

7.2 PELIGROS

La Renovación Carismática es una cosa muy frágil, ya que no tiene una estructura poderosa que la permita resistir a todos los ataques y a todas las dificultades. Cuando se la conoce bien se perciben una serie de peligros que son una amenaza permanente: unos proceden desde el *interior* y otros desde el *exterior*; unos nacen en su mismo seno, como una *quinta columna* que la debilitan, otros nacen del mundo que la rodea. La Renovación tendrá que estar muy atenta a todos ellos para no verse manipulada ni domesticada, y para no perder su propia identidad.

Los papas han acogido con cariño a la Renovación. Pablo VI la calificó “como una suerte para la Iglesia y para el mundo”, Juan Pablo II afirmó que “la Renovación Carismática es una manifestación *elocuente* de esta vitalidad de hoy, una expresión vigorosa de lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias”, y el papa Francisco se ha mostrado muy cercano a ella. El día 1 de junio del 2014 se reunió en el estadio Olímpico de Roma con unos 52.000 carismáticos de muchas naciones, y habló abiertamente con ellos: “A finales de los años setenta, y a principios de los ochenta, yo no los podía ver... Estos confunden una celebración litúrgica con una escuela de samba. Eso fue lo que dije. Me he arrepentido. Los he conocido mejor. En Buenos Aires yo les reunía con frecuencia y, una vez al año, celebraba la misa con todos ellos en la catedral. Los he apoyado siempre, cuando me he convertido, cuando he visto el bien que hacían”... Por su parte, muchos obispos han entrado a formar parte de ella y la han impulsado con fuerza, otros la han dado orientaciones y discernimiento para impedir algunos abusos en el ejercicio de los carismas. Por eso, el peligro más concreto puede proceder de los sacerdotes, sobre todo de los párrocos, que son los que están en contacto más cercano con los grupos de la Renovación. Juan Pablo II pidió a los sacerdotes que adoptaran una actitud de acogida y que prestaran gozosamente su servicio a los fieles de la Renovación. De todas las maneras, lo mínimo que se les puede pedir es que no la rechacen en bloque y “que no pretendan hacer de ella un grupo al servicio de la parroquia, porque no es un grupo parroquial”. La Renovación es como el Espíritu la ha suscitado. Por otra parte, los religiosos y religiosas que están integrados en la Renovación pueden encontrar algunas dificultades procedentes de sus mismos Superiores, que utilizan, con frecuencia, el argumento de la *doble pertenencia* o *doble espiritualidad*, como si la Renovación fuera un atentado contra el carisma original de la Congregación. Pero esta corriente de gracia es anterior a toda espiritualidad y a todas las vocaciones y llamadas que pueden venir después. Y, en ese sentido, se puede ser Hija de la caridad o dominico y estar plenamente abierto a la Renovación, sin que se dé una *doble pertenencia*. Ese lenguaje es, a todas luces, inadecuado. En la Renovación no hay votos ni compromisos que puedan entrar en confrontación con los de la propia Congregación; en ella no se atenta contra ningún carisma particular, sino que los potencia hasta un grado inimaginable. No hay, ni puede

haber, conflicto de fidelidades¹⁹.

Pero el peligro verdadero está en el corazón mismo de la Renovación, en los hombres renovados, en su pobreza e impotencia, en sus deseos y necesidades, en sus ganas de ser o de hacer. Efectivamente, el peligro que amenaza la vida de los grupos es el de la pérdida del amor primero, la costumbre, la rutina, el cansancio, el abandono. La Renovación puede ser descafeinada y convertida en un movimiento piadoso, sin garra ni frescura, sin carismas y sin dones. Así es como, poco a poco, aquello que fue fuego, gritos y clamores de júbilo, se convierte en “una suave brisa de abanico”. Por eso hay que urgir constantemente a los grupos para que aviven la llama primera e impedir a toda costa que la alabanza se convierta en algo cansino y aburrido. Hay que volver a los primeros días, cuando ríos de agua viva corrían gozosos por los labios y el corazón de aquellos primeros hermanos nuestros. La pérdida de la alabanza supone una pérdida irreparable; sin ella los grupos se debilitarían y morirían. Los servidores deberían hacer lo posible y lo imposible por evitar que se caiga en la apatía. Pero ahí reside precisamente otro de los peligros de la Renovación, porque muchos de ellos tienen una formación bastante escasa y son incapaces de animar y de entusiasmar a los que asisten a los grupos.

En un encuentro, celebrado en Belén los días 14-17 de noviembre del año 2013, al que asistieron unos 200 representantes de la Renovación, procedentes de 48 países, más los miembros del ICCRS, fueron puestas en evidencia algunas de las taras que se están introduciendo en la Renovación: “Vivimos encerrados en nuestros pequeños círculos, se echan de menos los carismas, falta unción en los predicadores, los hermanos salen de la reunión de oración igual que entraron, no pasa nada en ellas, la mayoría carece de formación en torno a la vida cristiana y a la misma Renovación, los Seminarios de la Vida en el Espíritu no son cuidados con demasiado esmero, se ha perdido la unidad... Corremos el peligro de convertirnos en muy poco tiempo en una burguesía espiritual, de quedarnos instalados en la mediocridad, de caer en la nada, de volver a la carne, de dilapidar todos los dones, de apagar el fuego sagrado que un día nos dio vida”...

Pero, además, en medio de ese mundo lleno de luz aparece el peligro amenazante de la *institucionalización*. Esta corriente de gracia, que ha brotado del Espíritu para atravesar a la Iglesia entera, corre el riesgo

¹⁹ P. FERNÁNDEZ, *La Renovación carismática. Documentación Pontificia, episcopal y teológica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1978, 228 pp.

de ser esterilizada por nuestro afán de darla un cauce institucional. Pero, como ya he dicho en varias ocasiones, la Renovación es algo muy original: no tiene fundador, ni votos ni promesas, ni normas ni estructuras, ni Reglas ni Constituciones, ni Reglamentos ni Estatutos, ni cuadros de mando; en ella no hay lazos *jurídicos* que unan a unos hombres con otros, ni a unos grupos con otros. La Renovación no ha sido suscitada para hacer *algo* en el seno de la Iglesia, sino para hacer un *hombre nuevo*. Por eso no se la puede considerar como si fuera "un movimiento entre los movimientos, porque no lo es". Si el Espíritu hubiera querido crear un *movimiento*, con su finalidad y sus medios propios, habría elegido a algún hombre para hacerlo. Pero no lo ha hecho. La Renovación nació libre, sin estructura ni organización, libre se ha propagado y libre deberá permanecer en todo momento. La Renovación es un espacio de libertad y de gratuidad que la Iglesia no puede permitirse el lujo de perder. Lo que nació libre y espontáneo debería mantenerse libre de toda imposición exterior. Si convertimos la Renovación en una realidad en la que todo esté regulado o reglamentado, haremos de ella un *movimiento* más, pero entonces ya no merecerá una atención especial. El día que fueron aprobados los *Estatutos* de la Renovación Carismática de Italia, la agencia Zenit publicó así la noticia: "La Renovación Carismática de corriente de gracia a movimiento eclesial". A mí se me subieron todos los colores a la cara. La Renovación dejó de ser una "corriente de gracia", suscitada y guiada por el Espíritu, para convertirse en un "movimiento eclesial", llevado por unos Estatutos y un Reglamento. Tengo que confesar que siento un rechazo visceral hacia todo aquello que suponga una cierta *institucionalización* de la Renovación. La historia nos ha mostrado "que todos los movimientos carismáticos, a medida que se han ido alejando del acontecimiento original, tienden a *institucionalizarse*". A los 50 años de su nacimiento, ¿la Renovación Carismática ya se ha distanciado tanto de sus orígenes, que necesite de un cauce institucional para vivir? El Espíritu Santo es el único Estatuto y Reglamento de la Renovación. La batalla por los Estatutos ha sido una batalla nuestra, no del Espíritu. Mi temor es que, a medio y a largo plazo, los Estatutos puedan encorsetar a la Renovación y que se conviertan en un peso insoportable, como lo ha sido la ley en todos los tiempos. Cuando pase la primera y la segunda generación, en la que todavía quede el recuerdo de una Renovación libre de toda imposición, la tercera, la cuarta y las siguientes generaciones ya no

tendrán como punto de referencia la gratuidad, sino los Estatutos. ¿Será ese el destino de la Renovación?

Se diría que paralelo al peligro de *institucionalización* la Renovación corre el peligro de la *eficacia*, es decir, el de pretender entrar de lleno "en el mercado del mundo y ofrecerse a todos como lo mejor", "el ansia y el deseo de ser conocida y reconocida, y de marchar por caminos de éxito y de eficacia". Si la Renovación hubiera nacido para *hacer algo concreto* podríamos determinar con precisión si ha cumplido con sus objetivos o no, pero esta corriente de gracia no puede ser evaluada "por la *acción exterior* de sus miembros, sino por la *acción interior* del Espíritu Santo". Su eficacia no está en la obra que los hombres hacen por Dios, sino en la obra del Espíritu en ellos. La Renovación no camina por las sendas del hacer, sino del ser. En ese sentido no aporta nada específico a la Iglesia.

Pero, ¿qué entendemos por *eficacia*? La Renovación cumple 50 años de vida en estos momentos. ¿Cuántos habrán sido tocados ya por esta gracia? Se barajan las cifras de más de cien millones sólo en la Iglesia católica. Si a esa cifra añadimos la de los renovados en las otras Iglesias cristianas, ¿a cuántos millones ascenderá el número de los que están inmersos en este nuevo impulso del Espíritu? Ese es el capital que la Renovación puede presentar ante el foro del mundo: hombres nuevos, vidas cambiadas. La Renovación no ha hecho grandes obras, porque no está llamada a hacerlas, pero puede presentar un caudal humano impresionante. Otros grupos y otros movimientos podrán presentar realizaciones concretas, para las cuales han sido suscitados por el Señor, y nosotros nos alegramos infinitamente de que sea así. Pero la Renovación no ha nacido para *hacer* algo, sino para *renovar* a los hombres. Si alguien nos preguntara cuál es nuestro lugar en la Iglesia, bastaría responder con palabras del papa Francisco: "Nosotros somos una corriente de gracia que es necesaria en este momento para revitalizar y rejuvenecer a la Iglesia". La Renovación no camina por la senda de las grandes obras, sino por caminos de gratuidad, bajo el señorío de Jesús y la guía del Espíritu Santo. Para hacer esto no se necesitan grandes planes y proyectos, ni grandes personalidades, bastan los niños y los más pobres del mundo.

El problema de la *unidad* se ha convertido en uno de los más serios en la vida de la Renovación. Pero, ¿por qué? Probablemente porque la Renovación no es una *realidad uniforme*, sino que se presenta bajo diversos aspectos. Ya en el artículo primero de los Estatutos del ICCRS

se dice: "La Renovación Carismática es un *movimiento* mundial, pero *no uniforme*, ni *unificado*". Y en el número dos se dice: "La Renovación es una reunión muy diversa de individuos, grupos y actividades, con frecuencia del todo independientes unos de otros, en diferentes grados y modos de desarrollo y con diversos énfasis; y, sin embargo, participan de la *misma experiencia fundamental y persiguen los mismos objetivos generales*". Pero, ¿se conservará en todas esas ramas el *aire de familia* de esta corriente de gracia?

A juicio de algunos, esta corriente de gracia, tan desbordante de vida, corría el peligro de *desmadrarse* y había que ponerla algún dique y darla un cauce institucional. Les ha asustado lo gratuito de la acción de Dios. Eso es lo que ha producido un distanciamiento entre los que la conciben como un *movimiento* y los que la viven como una *corriente de gracia*. Por eso, mientras no haya un acuerdo generalizado sobre la esencia misma de la Renovación no habrá unidad efectiva en ella. Si cada grupo, región o nación la concibe a su modo tendremos tantas Renovaciones como grupos o países. Pero, en ese caso, no deberíamos hablar de divisiones o de rupturas, sino de diversos tipos de renovación. Pero esa gracia es una y única, y no puede ser fraccionada. Todos tenemos que entrar de rodillas en ese misterio de gratuidad, que nos hace temblar de emoción. Por tanto, deberíamos volver los ojos a los primeros días, cuando no había más que una sola Renovación. ¿Cómo era en aquellos momentos? ¿Cuáles eran sus rasgos característicos? ¿Cómo se presentaba a los ojos de todos?

Pero, por otra parte, también podríamos preguntarnos: ¿Hablamos de unidad o de uniformidad? ¿Debe ser uniforme la Renovación? ¿Es la uniformidad un valor por el que luchar? El papa Francisco ha insistido mucho sobre el hecho de que "la unidad no consiste en la uniformidad". No basta hablar de unidad, porque no se trata de una unidad cualquiera, sino de una unidad profunda, pero en la diversidad. ¿Qué es lo que nos une realmente a todos los que nos decimos carismáticos? ¿Cuál es la experiencia fundamental que se vive en la Renovación? Lo que nos une es precisamente la experiencia de un bautismo en el Espíritu, de un pentecostés personal, de un encuentro cara a cara con Jesús, como Señor y Salvador, en la gracia que da sentido a todo y que todo lo envuelve: la gratuidad. La unidad sólo podría ser salvada si hubiera coincidencia plena y absoluta en ese *Don* inicial, aunque haya diversidad en lo secundario, es decir, en las manifestaciones externas de esa gracia. En ese *don* reside la unidad. Ahí no debe haber

francotiradores, ahí no tiene cabida la diversidad. Si no hay unidad en la misma *experiencia fundamental* y en la absoluta gratuidad de esa experiencia, la Renovación Carismática nunca encontrará la unidad.

El peligro más grave sería, sin embargo, encontrarnos un día con "una Renovación sin renovados". La primera generación se va extinguiendo y muchos de los que van entrando pueden vivir a la sombra de los primeros, sin llegar a un *pentecostés personal*, es decir, sin haber hecho una experiencia fascinante de un encuentro con Jesús, Señor y Salvador. Eso es lo que puede suceder: que en la próxima generación tengamos una Renovación sin renovados, es decir, que tengamos un *movimiento pentecostal* sin Pentecostés. La Renovación puede ir perdiendo el carácter entusiasmante de los primeros años.

Tal vez por eso, se oye sin cesar la queja de los que afirman "que la llama se apaga y que el fuego comienza a extinguirse". "¿Dónde están los hombres renovados? ¿No ha perdido su garra y su atractivo la Renovación? ¿No está ya declinando? ¿Dónde han ido a parar la alabanza, los dones, los carismas, los frutos, la alegría y el júbilo de los primeros días? ¿Dónde está esa Renovación, en la que todo nos parecía fácil y donde ahora parece que todo se ha vuelto difícil? ¿Vivimos del Espíritu? ¿O nos hemos vuelto ya inofensivos a sus iniciativas? ¿Estamos abiertos a sus gracias y a sus dones? Mi temor es que nos acoracemos de tal modo que hagamos imposible la penetración del Espíritu en nosotros, que el ramalazo de las obras nos atraiga de nuevo, que cambiemos de nuevo la gracia por la ley, y que sea olvidada la gratuidad de la acción de Dios.

8. EL FUTURO DE LA RENOVACIÓN

¿Hacia dónde va la Renovación? ¿Cuál será su futuro? ¿Sigue en aumento? ¿Está ya declinando? ¿Ha perdido su entusiasmo primero? ¿Cuánto durará? ¿Qué será de la Renovación dentro de 20, 50 o 100 años? ¿Se convertirá en un *movimiento* más? ¿Se dejará seducir por el atractivo de la eficacia? En un mundo tan cambiante, ¿qué será de la Renovación? ¿Hacia dónde nos quiere llevar el Espíritu? ¿Podemos detectarlo?

Ahora que la Renovación cumple 50 años sería el momento de volver los ojos a los orígenes, cuando no existía ni siquiera un nombre para esta corriente de gracia, pero todos vivían la gracia de un nuevo nacimiento. Entonces, ¿por qué tantos temores? ¿Quién ha puesto en marcha esta corriente de gracia? Si el Espíritu nos hubiera

encomendado gestionarla entonces tendríamos que preocuparnos hasta temer lo peor. Pero ha sido él mismo quien se ha derramado sobre el mundo, sobre la Iglesia y sobre los hombres. Por eso, todos mis recelos se disipan apenas pongo mis ojos en el Señor. Porque esta *corriente de gracia* no es nuestra. Ni la hemos puesto en marcha nosotros, ni la vamos a dar por terminada nosotros con nuestra pobreza y nuestro pecado. Nada ni nadie podrá apagar el brillo de esta luz maravillosa que ha amanecido sobre nosotros. ¿Por qué habría de retirarse y dejarnos abandonados cuando más lo necesitamos? Por eso, *sigo soñando que todo esto seguirá siendo tan bello como aquel 1 de enero de 1901 cuando "ríos de agua viva" brotaron del corazón de Agnes Ozman, como aquellos días del retiro de Duquesne, cuando el soplo del Espíritu cambió la vida de un puñado de jóvenes estudiantes; sigo esperando en una Renovación que no se deje domesticar por nada ni por nadie, que no caiga en la tentación de la institucionalización, de la eficacia y de hacerse presente en todos los frentes del mundo, sino que sea un arroyo sencillo, de aguas limpias; sigo creyendo que este derramamiento del Espíritu no será una "moda pasajera", ni "un amor de verano", sino que se filtre, como una corriente de aire fresco, por toda la Iglesia: en sus instituciones, en sus movimientos, en las parroquias, en las Congregaciones religiosas, en la vida de todos los fieles; sigo esperando ese nuevo Pentecostés que llegue al corazón de millones de hombres, haciéndoles estremecer ante el amor de Dios, descubriéndoles a Jesús como Señor y como Salvador, rompiendo su corazón y sus labios en alabanzas, llevándoles a la palabra, a la oración, a los sacramentos, a la Iglesia, a la evangelización y al servicio a los hombres; sigo esperando una lluvia de carismas para la Iglesia, que la hagan más y más hermosa, para que pueda proclamar al mundo entero el reino de Dios. Si eso es verdad nos sobra todo lo demás. Lo único absolutamente seguro es que el Señor no abandonará nunca a su Iglesia y que, de una manera u otra, de esta o aquella forma, con estos o aquellos carismas, con estos o con otros hombres, seguirá haciendo su obra. Yo no sé cómo evolucionará esta corriente de gracia, pero el paso de la gratuidad por nuestra tierra y por nuestra historia ya nunca caerá en el olvido. El cristianismo se irá tiñendo de gracia poco a poco, y la gratuidad irá avanzando como una ola incontenible, inundándolo todo y creando un nuevo estilo de vivir la vida cristiana.*

Por eso, tengo la esperanza de que, de una manera u otra, la vida de la Iglesia va a ser afectada profundamente por la Renovación. Desde

hace algunos años, en efecto, está aportando nuevas canciones para la celebración litúrgica, ha despertado la atención de los teólogos hacia el Espíritu y hacia la actualización de los carismas, ha sembrado en todas las partes la semilla de la alabanza, y está influyendo decisivamente en una nueva concepción de Dios y en una vida nueva, animada por el Espíritu... Antes o después, la Renovación va influir *decisivamente* en la teología. En la tradición cristiana han existido dos formas o maneras de hacer teología: una, que ha partido de conceptos y de ideas, de verdades y de dogmas, y otra, que parte de la experiencia y de la vivencia. Pero esa teología, basada en razonamientos, silogismos y pruebas, ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar, porque es demasiado fría, aunque en nuestros días esté teñida de un cierto color bíblico. En ella aparece siempre en primer lugar el esfuerzo, la lucha contra el pecado y la adquisición de las virtudes, el lenguaje de lo debido y del mérito, el temor al infierno y a la condenación. Pero una teología que no proceda de una experiencia de Dios corre el riesgo inevitable de convertirse en ideología o en teodicea. El cristianismo, en efecto, no es una serie de ideas ni un conjunto de pensamientos, sino una persona: Jesús, Señor y Salvador. A él no se llega por el estudio y la investigación, sino por la acción poderosa del Espíritu. Por eso, la experiencia de gratuidad que se vive en la Renovación Carismática exige una teología de gratuidad, que no se mueva sólo a nivel de conceptos ni de razones. Algún día la Renovación aportará a la teología entera la experiencia de gracia que se vive en ella.

Los primeros pasos ya están dados. Como ya he notado, en esta *corriente de gracia* no sólo se ha visto afectada la vida del hombre, sino que también el lenguaje ha cambiado por completo. El acento no cae en lo negativo, sino en lo positivo: en ella ya no se habla en primer lugar de esfuerzos, obras y méritos, sino de gratuidad; no de lo que nosotros debemos hacer por Dios, sino de lo que Dios ya ha hecho por nosotros; no de pecado, sino de gracia; no de condenación, sino de salvación; no de virtudes, sino de dones; no de ascética, sino de mística; no de exigencia, sino de don, no de lo debido, sino de lo gratuito; no de súplica, sino de acción de gracias y de alabanza. Y el rostro de Dios que emerge de ese nuevo lenguaje es el de un Padre amoroso y misericordioso, que antes de exigir nada ya lo ha dado todo, que prefiere el amor al castigo, el perdón a la imposición, la gracia a la exigencia, la vida a la muerte, la salvación a la condenación. Y, por tanto, la actitud del hombre frente a ese Dios es de amor, de

confianza, de alabanza y de adoración. Así es como ha desaparecido una presentación tan sombría del cristianismo, que le hacía perder todo su atractivo. Todo eso llevará consigo una revisión de la figura de Dios, de la imagen de la Iglesia, de los sacramentos, de la vida moral y del estilo de vivir la vida cristiana...

Una de las cosas más importantes que la Renovación podrá aportar a la vida de la Iglesia es el *Seminario de la Vida en el Espíritu*. Tengo la impresión de que, con el paso del tiempo, ese Seminario será impartido en muchas parroquias, en las Órdenes y Congregaciones religiosas, y en los diversos movimientos y realidades de la Iglesia, de tal manera que el *bautismo en el Espíritu* llegue a ser una experiencia común a todos los fieles cristianos, sacerdotes y religiosos incluidos. El papa Francisco dijo a los carismáticos italianos el día 3 de julio de 2015: "Organizar *Seminarios de la vida en el Espíritu* para los hermanos que viven en la calle y para los hermanos marginados por tantos sufrimientos de la vida... Les animo a ir hacia adelante, y pido vuestra importante contribución, en particular, para compartir con todos en la Iglesia el *bautismo* que han recibido. Si han vivido esta experiencia, compártanla en la Iglesia; este es el servicio más importante que se pueda dar a todos en la Iglesia. Ayudar al pueblo de Dios a ir al encuentro personal con Jesucristo, que nos cambia en hombres y mujeres nuevos. No apuntar tanto a las grandes concentraciones que terminan allí, sino a las relaciones artesanales que derivan del testimonio cotidiano en la familia, en el trabajo, en la vida social, en la parroquia, con los grupos de oración, con todos, con todos". Ahí se abre un campo ilimitado y un servicio inapreciable de la Renovación para toda la Iglesia. Esta gracia es la única que nos ha sido encomendada: llevar a todos los hombres al encuentro con Jesús por medio de ese bautismo en el Espíritu, que cambie la orientación de su vida. Se ha dicho que "el alma de la Renovación Carismática es el bautismo en el Espíritu", ya que con él llega la renovación de la vida, la alabanza, la acción de gracias, la adoración, el amor por la palabra y por la Iglesia, los dones, los carismas...

Y, por encima de todo, la proclamación de la *gratuidad*. Esa es la gracia suprema que el Espíritu Santo ha *desvelado* en nuestros días y que la Renovación está llamada a aportar a la Iglesia entera: que todo es gracia, que el Señor nos ha amado, perdonado y salvado antes de que nosotros hayamos podido hacer algo por él. La gratuidad es el mayor desafío que la vida cristiana tiene ahora ante sí. Ahí es donde

la Renovación hará sentir su influencia de una manera decisiva. La gratuidad, va a ser, en efecto, como una mancha de aceite que se irá esparciendo por toda la vida cristiana, inundándola de una savia nueva y de un ímpetu gozoso. Algún día podremos constatar el caudal inmenso que este derramamiento del Espíritu ha aportado a la Iglesia. La Renovación nos está recordando en todo momento "que Pentecostés no fue un paraíso perdido", sino que sigue siendo algo vivo y actual para nosotros.

Han pasado 50 años del nacimiento de esta gracia desbordante con la que fuimos sorprendidos un día. Pero se diría que la Renovación Carismática no tiene nada que ver con la edad, porque el Espíritu que la anima es eternamente joven y está lleno de vida. Podemos tener la impresión de que está dando pasos hacia atrás, que declina el amor primero, que la llama se apaga poco a poco. Pero la Renovación, como el pueblo de Dios, ha conocido ya todas las pruebas: hemos sido bautizados en el mar, hemos atravesado el desierto, hemos conocido las dificultades de la larga travesía, el hambre y la sed, el cansancio y las marchas fatigosas. Algunos se han perdido en el desierto, otros han muerto en él, pero la Renovación sigue su marcha hacia esa tierra de juramentos y de promesas, de bendiciones y de vida sin fin. El camino de la Renovación está trazado por el Espíritu. Él nos sigue llevando hacia aquella *sala alta* donde los apóstoles fueron bautizados en un mar de gracia y de fuego, para sumergirnos plenamente en él y para que nuestros corazones vuelvan a estallar en alabanzas. Tenemos que volver a clamar un día y otro día, un año y otro año para que el Espíritu nos bautice de nuevo y volvamos a sentir que las lenguas de fuego se posan sobre nuestras cabezas y que las paredes de nuestro cenáculo vuelven a temblar, anunciando su presencia. Esa es la oportunidad que nos ofrece a todos el Espíritu en esta *corriente de gracia* que es la Renovación Carismática. Un nuevo mundo ha surgido sobre los escombros del mundo antiguo, donde la única ley es la absoluta gratuidad de la acción de Dios. Ese es el camino que se abre ante nosotros lleno de promesas y de esperanzas, porque desde el principio nos sentimos acompañados por Aquel que ha vencido a la muerte, y por la presencia de su Espíritu, que nos guía en todo momento. Estamos a las puertas de una explosión que nos deja sin respiración, ante el nacimiento de un nuevo mundo.

STUDIUM

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
PUBLICADA POR LOS INSTITUTOS PONTIFICIOS
DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA, O.P. DE MADRID
AGREGADOS A LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA

DIRECTOR: Aristónico Montero
SECRETARIO: José Montero
ADMINISTRADOR: Aristónico Montero

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Niceto Blázquez Fernández
Vicente Borragán Mata
José Montero Castañón

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Institutos de Filosofía y Teología
PP. Dominicos
Apartado 61.150
28080 MADRID
Tel.: 91 302 42 46
Fax: 91 766 55 84
E-mail: aristonico1932@gmail.com
revistudium@dominicos.org

Página web: studium.dominicos.org

PRECIOS:

Suscripción anual:

España: 28 €

C.E.: 30 €

Resto de países: 40 \$ USA

ISSN 0585-766X

Depósito Legal: M-39744-2012

Ana Carmona Soluciones Graficas - Nubes, 2 - Tel. 915 00 30 44 - 28918 Leganés (Madrid)

STUDIUM

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

VOLUMEN LVII - AÑO 2017
Fascículo 3

INSTITUTOS PONTIFICIOS DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA, O.P.
AVDA. DE BURGOS, 204 - 28050 MADRID